quien al morir ejercía el cargo de Rector Mayor de Nuetra Señora del Rosario;

Que Monseñor Castro Silva, figura prominente de la Iglesia, sobresalió como humanista y como profesor de derecho canónico, de filosofía en el Seminario Conciliar de Bogotá y en el Colegio Mayor del Rosario, y

Que Monseñor Castro Silva se destacó como escritor y fue miembro de la Real Academia Colombiana de Jurisprudencia,

DECRETA:

ARTICULO PRIMERO. — Deplorar el fallecimiento de Monseñor José Vicente Castro Silva, miembro ilustre del clero, escritor y educador que prestó servicios eminentes a la República, y presentar su vida como ejemplo digno de imitarse por la juventud colombiana.

ARTICULO SEGUNDO. — Copia de este decreto, en nota de estilo, será entregada a los familiares del extinto por el señor ministro de educación.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, D. E., a 29 de marzo de 1968.

CARLOS LLERAS RESTREPO

El Ministro de Educación Nacional,

GABRIEL BETANCUR MEJIA

(Diario Oficial, Nº 32.483)

SOCIEDAD DE SUFRAGIOS

Se recuerda a los señores Sacerdotes la obligación contraída con los hermanos difuntos.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Tarifa Postal Reducida Nº 379 de la Administración Postal Nacional

Editorial Lumen Christi. — Bogotá.

Año LXII ——— Agosto a Diciembre de 1968 ——— Números 929 a 933

XXXIX CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL

BOGOTA, AGOSTO 1968

PROGRAMA

CONCELEBRACIONES LITURGICAS

El Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá se celebrará DE DOMINGO A DOMINGO. En el Día del Señor, por una tradición que tiene su origen en el mismo día de la Resurrección de Cristo, la Iglesia celebra el Misterio Pascual. Los fieles se reúnen para escuchar la Palabra de Dios y para participar en la Eucaristía, centro vital de la Liturgia, cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, fuente de donde mana toda su fuerza (Cfr. Constitución sobre la Sagrada Liturgia, 106 y 10). Para dar todo su valor al signo litúrgico de la Eucaristía, el Congreso será una solemne celebración, en la que la unidad de la Asamblea se manifiesta en forma visible.

LAS CELEBRACIONES PARROQUIALES DE LA MAÑANA tienen por objeto presentar a los ojos de nuestra fe varios aspectos de la Eucaristía como Vínculo de Amor: La Cena del Señor es el signo de unidad de todos los cristianos, integrados en el Pueblo de Dios como hombres nuevos, comprometidos por tanto en la renovación del mundo; es el signo de una comunidad de reconciliados que han vuelto a la unidad para constituírse en servidores de todos los hombres, con miras a lograr el progreso humano integral en la justicia y en el amor.

POR LAS TARDES, EN EL CAMPO EUCARISTICO, las celebraciones se proponen dar una visión orgánica de toda la economía sacramental: los Sacramentos son diferentes maneras de presencia de una misma realidad: del Misterio Pascual; están íntimamente ligados entre sí y convergen todos hacia la Eucaristía, corazón de la vida de la Iglesia.

DOMINGO 18 — LLEGADA DEL LEGADO PONTIFICIO, BIENVENIDA E INAUGURACION

Esta ceremonia se propone dar la bienvenida a los hermanos llegados de todo el mundo, en quienes, por la fe, reconocemos a Cristo. Expresamos nuestra alabanza al Padre por reunirnos para compartir el mismo Pan y nos comprometemos en el Banquete Eucarístico a vivir en sincera caridad.

15 — Desfile al Campo Eucarístico.

Campo Eucarístico:

Concierto Religioso de Corales Profesionales.

Coral y Orquesta de Tubingen - Coral Varela de Bogotá - Coral Victoria de Medellín - Coral Palestrina de Cali.

16 — Apertura Oficial del Congreso.

Lectura del Breve Pontificio.

Saludo del Excelentísimo Señor Administrador Apostólico de Bogotá. Canto del Veni Creator. Discurso del Cardenal Legado. Bendición Papal.

Concierto de Música por la Banda de la Policía Nacional.

18. — Inauguración de Exposiciones por el Eminentísimo Señor Cardenal Legado.

LUNES 19 — DIA DEL ECUMENISMO

7 a 9 a. m. — Concelebraciones en las Parroquias.

TEMA: Conscientes de que el santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de una sola y única Iglesia de Cristo supera las fuerzas y la capacidad humanas, en esta celebración ponemos todas las esperanzas en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre a nosotros, en el poder del Espíritu Santo que nos une en un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Padre, Dios, y nos unirá en un solo cuerpo al participar del mismo Pan (Cfr. Decreto sobre el Ecumenismo, 24).

9½ a. m. — Apertura del Encuentro de Teología por un Eminentísimo Señor Cardenal.

9½ a. m. — Sesiones de estudio de las Organizaciones Internacionales (Programa Especial).

Conferencias para laicos en diversos idiomas.

10 a 12 m. — Sesiones de reflexión teológica.

15. — Campo Eucarístico.

Concierto Religioso - Coros Iglesia Presbiteriana, Coros Iglesia Anglicana, Iglesia Evangélica, Coros Mormones y Bautista, Coro Católico de la Diócesis de Pittsburg.

16. — Celebración Ecuménica de la Palabra.

El amor y la veneración a las Sagradas Escrituras son, en el diálogo con los cristianos de todas las confesiones, instrumentos preciosos en la mano poderosa de Dios para lograr la unidad que el Salvador ofrece a todos los hombres. La celebración común de la Palabra de Dios será expresión de la unidad fundamental de todos los cristianos y búsqueda de una unidad más plena.

Conciertos de Música por la banda del Batallón Guardia Presidencial.

20 — Actos Folclóricos y Culturales.

20. — Fuegos Pirotécnicos.

MARTES 20 — DIA DE LOS SACRAMENTOS DE INICIACION CRISTIANA

7 a 9 a. m. — Concelebraciones en las Parroquias (Con Homilía) TEMA: Cristo ha iniciado con su resurrección un mundo nuevo. Al manifestar y estrechar nuestra unión con El en la Eucaristía, reafirmamos nuestro compromiso de trabajar en la construcción de un mundo acorde con los planes de Dios.

Este compromiso es una manifestación del sacerdocio común que corresponde a todos los bautizados, los cuales han de dar testimonio de Cristo, en todo momento y lugar, con una vida integralmente comprometida.

9 a 12 m. — Sesiones de estudio (Encuentros).

9 a 12 m. — Conferencias para laicos en diversos idiomas.

15. — Campo Eucarístico.

Concierto Religioso de Coros y Juventudes.

Coros de San Antonio, Coros Instituto de la Sabiduría, Selección de Coros de Asociación Colombiana de Coros Juveniles, Coral Bartolina.

16. — Celebración de los Sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Por el Bautismo y la Confirmación, el catecúmeno participa del Espíritu de Amor de Cristo, que lo incorpora a la Iglesia, en la que expresa su fe y se compromete a dar testimonio de ella en el mundo. Pero la iniciación cristiana, es decir, la incorporación de una persona a la comunidad cristiana, no es completa mientras no se haya llegado, por la Eucaristía, a la total participación de la comunidad eclesial. La iniciación cristiana es obra de toda la comunidad eclesial, jerárquicamente constituída, que recibe nuevos hijos: el pueblo santo, los diáconos, los presbíteros, el obispo; cada uno según su propia función acoge a los nuevos cristianos. Luego, toda la comunidad celebra la Eucaristía.

Concierto de Música por la Banda de las Fuerzas Aéreas.

18. — Inauguración del Seminario Intermisional por el Eminentísimo Señor Cardenal Legado.

20. — Agapes Parroquiales servidos por Cardenales, Arzobispos y Obispos, Pastores-Servidores en el Pueblo de Dios.

Los ágapes parroquiales serán reuniones sencillas, de carácter familiar, en los que la comunidad parroquial expresará la fraternidad que une a todos los hijos de Dios, a través de una realidad tan humana y tan significativa como es comer en común. De esta manera, se tratará de lograr que la celebración del Banquete Eucarístico adquiera mayor calor humano y fraternal, y se comprenderá la influencia en la vida social del cristiano que participa en la Eucaristía.

Conjuntos orquestales, folclóricos, danzas típicas y conjuntos en todas las parroquias.

21. — Actos folclóricos y culturales en diferentes lugares de la ciudad.

MIERCOLES 21 — DIA DEL RITO PENITENCIAL

7 a 9 a. m. — Concelebraciones en las Parroquias.

TEMA: Cristo ha reconciliado con Dios a todos los hombres. Ha dado muerte al odio en su propia carne y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido su Espíritu de Amor en el corazón de los hombres. La Eucaristía es signo de reconciliación con Dios y con la Iglesia. La celebración eucarística manifiesta y confirma la reincorporación del pecador a la comunidad que Cristo ha reconciliado con Dios.

Solemne procesión para llevar la comunión a los enfermos de las parroquias y de los centros hospitalarios.

9 a 12 a. m. — Sesiones de estudio (Encuentros).

9 a 12 a. m. — Conferencias para laicos en diversos idiomas.

15. — Campo Eucarístico:

Concierto Religioso de Coros Interamericanos.

Coros de la Universidad Católica de Chile, Coro de la Universidad de Uruguay, Coro de la Universidad de Venezuela.

16. — Concelebración de rito penitencial.

La Iglesia, como sacramento de la íntima unión con Dios, es también la comunidad de los reconciliados con El. Ser incorporados a esta comunidad santa es, al mismo tiempo, recibir el perdón de los pecados. Caer de nuevo en el pecado es alejarse de la comunión de los hermanos en Cristo, que se hace visible por la no participación en la comunión eucarística.

Por el Sacramento de la Penitencia se obtiene el perdón de la ofensa hecha a Dios y la reconciliación con la Iglesia a la que el pecado hiere. La Iglesia colabora, en esta reconciliación, con el testimonio de su fe y caridad, y con sus oraciones. La penitencia reincorpora al pecador a la comunidad eclesial y le permite, como signo de su reincorporación, participar en la Eucaristía.

Concierto de Música - Banda de la Armada Nacional.

20. — Actos Folclóricos y Culturales.

20. — Fuegos Pirotécnicos.

JUEVES 22 — DIA DEL SACRAMENTO DEL ORDEN

7 a 9 a. m. — Concelebraciones en las Parroquias.

TEMA: En la Iglesia, llamada a ser servidora de la humanidad, la Jerarquía (obispos, presbíteros y diáconos) está al servicio de los miembros del Pueblo de Dios.

En la celebración eucarística, la Jerarquía preside la Asamblea Cristia- Así manifiesta su unión con Cristo, Cabeza de la Iglesia para cumplir la responsabilidad que le corresponde en el mundo.

9 a 12 a. m. — Sesiones de Estudio (Encuentros).

15 — Campo Eucarístico:

Concierto Religioso de Coros Universitarios:

Clubes de Estudiantes Cantores (15 Coros) Seminarios Mayores.

16. — Celebración del Sacramento del Orden: Diáconos y Presbíteros.

Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, aún siendo muchos, son un solo cuerpo, así también es el Cuerpo de Cristo. Y El mismo concedió a unos ser apóstoles, a otros profetas, o evangelistas, o maestros y pastores..., para edificar el Cuerpo de Cristo hasta que lleguemos todos a la plena unidad. Hay, pues, en la Iglesia diversidad de ministerios al servicio de la unidad.

Los Obispos, junto con los presbíteros y los diáconos, han recibido la función de servir a la comunidad y ellos la congregan, la hacen vivir y crecer, mediante la Palabra, los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, y el Testimonio de caridad. En esta concelebración, en la que están representados por sus Pastores los continentes y pueblos diversos del mundo, se manifiesta la unidad de la Iglesia en la diversidad de sus miembros y su universalidad.

16. — Concierto de Música por la Banda Sinfónica Nacional.

20. — Actos folclóricos y culturales.

VIERNES 23 — DIA DEL DESARROLLO Y PROGRESO DE LOS PUEBLOS

7 a 9 a. m. — Concelebraciones en las Parroquias.

TEMA: Cristo ha restaurado la dignidad del hombre por el amor. Al unirnos con Cristo en la Eucaristía nos comprometemos a hacer realidad una justicia inspirada por la verdadera caridad, que brote de la aceptación, llevada hasta sus últimas consecuencias, del Misterio de Amor de la Eucaristía.

9 a 12 m. — Sesiones de Estudio (Encuentros).

Reunión de equipos de solidaridad y Populorum Progressio.

11 a. m. — Concentración de Campesinos en el Campo de San José, Mosquera e inauguración del sistema radiofónico de Acción Cultural Popular.

15. — Campo Eucarístico:

Concierto Religioso de Coros de Industrias:

Coral de Fabricato de Medellín, Capilla Polifónica de Coltejer de Medellín, Sociedad Coral de Bavaria de Bogotá, Coros del Sena, Concentración de Empresarios, trabajadores y juventudes estudiantiles.

16. — Acto Penitencial.

Celebración:

El Congreso Eucarístico quiere hacer entender la Eucaristía como Vínculo de Amor para la humanidad. Pablo VI escribió su Encíclica "Populorum Progressio" con los ojos y el corazón puestos especialmente en América Latina. La celebración del Congreso tendrá, por meta práctica, hacernos más conscientes de las exigencias del mensaje evangélico, que debe iluminar todas las dimensiones del desarrollo humano, y convencernos de la urgencia de una acción solidaria en este cambio decisivo de la historia de la humanidad.

Se cumple así el sentido del gran acto de fe del Pueblo de Dios, estrechamente unido a su Cabeza visible, el Papa, el cual ha expresado que: "Con el viaje a Bogotá deseamos testimoniar en forma inequívoca la fe de toda la Iglesia en la triple virtud santificadora de la Eucaristía: memorial de la pasión redentora, profesión real de la presencia sacramental de Cristo, promesa de su venida final. Y nos place que esta afirmación religiosa tenga lugar en la queridísima América Latina, donde la fe está despertando una gran caridad social y donde esperamos una creciente justicia civil y mayor prosperidad cristiana".

Concierto de la Banda Sinfónica Nacional.
20. — Sesiones de estudio de grupos promotores del Desarrollo.
20. — Conciertos folclóricos y culturales.

SABADO 24 — DIA DE MARIA, MADRE E IMAGEN DE LA IGLESIA

PROFESION RELIGIOSA - SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

7 a 9 a. m. — Concelebraciones en las Parroquias.

TEMA: "La Madre de Dios es tipo de la Iglesia, como ya enseñaba San Ambrosio, a saber, en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el ministerio de la Iglesia, que con razón es también llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre; pues creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, prestando una fe, no adulterada por duda alguna, no a la antigua serpiente, sino al mensaje de Dios. Dio a luz al Hijo a quien Dios constituyó como primogénito entre muchos hermanos, a saber, los fieles a cuya generación y educación coopera con materno amor" (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, 63).

9 a 12 m. — Sesiones de estudio (Encuentros).

Profesión Religiosa en la Catedral Primada que es, en cierto sentido, signo de la unidad de la Iglesia Colombiana, presidirá el Cardenal Antoniutti.

La consagración religiosa es signo del carácter escatológico del Pueblo de Dios: representa a Cristo unido con vínculo definitivo a su Esposa, La Iglesia. La Virgen María ha alcanzado la perfecta y definitiva unión con Cristo, por lo cual es el modelo para quienes han elegido el estado religioso.

15. — Campo Eucarístico:
Concierto Religioso de Coros de Conservatorios.
Conservatorio Universidad Nacional de Bogotá.
Conservatorio Universidad de Medellín.
Conservatorio Universidad de Cali.
Conservatorio Universidad de Popayán.
Conservatorio Universidad de Barranquilla.
Conservatorio Universidad de Ibagué.

Celebración del Sacramento del Matrimonio.

La Eucaristía es signo de la alianza que Dios ha hecho con la humanidad en la entrega de Cristo por su Iglesia. El Pueblo de Dios, unido por el Espíritu es conducido por el mismo Espíritu a la unión consumada con Cristo, mientras avanza en este mundo hacia la ciudad futura y permanente.

De ahí que el matrimonio es uno de los signos más claros del carácter peregrino del Pueblo de Dios, que se esfuerza por crecer en la santidad. Por esto, levanta sus ojos hacia María, que brilla ante la comunidad de los elegidos como modelo de la perfecta unión con Cristo, la cual ellos anhelan conquistar con su maternal auxilio.

Concierto de Música por la Banda Sinfónica de Ibagué.

DOMINGO 25 — SOLEMNE CLAUSURA DEL CONGRESO

11 a. m. — Concierto de Coros Religiosos.

12 m. — Concelebración:

TEMA: Nos despedimos con la alegre esperanza de una nueva reunión en el Banquete Celestial, cuando nuestra unidad será sellada por toda la eternidad. Cada celebración eucarística será un paso que nos acerca a la unión definitiva.

La Bendición final expresa la adoración del Pueblo de Dios a Cristo realmente presente en el sacramento del Amor.

El Congreso Eucarístico que hemos celebrado, constituye una invitación y un compromiso para que demos testimonio ante el mundo de que formamos la comunidad de Cristo que, en su peregrinación terrena, vive y crece celebrando la Pascua del Señor, DE DOMINGO A DOMINGO.

Concierto de música por la Banda Departamental de Antioquia.

PROGRAMA GENERAL DE LA VISITA DEL PAPA PABLO VI

JUEVES: 22 de agosto de 1968

Llegada en la horas de la mañana.
Visita a la Catedral Primada.
El Santo Padre presidirá la ceremonia de la Ordenación Sacerdotal, en el Campo Eucarístico.

VIERNES: 23 de agosto de 1968

Visita al Señor Presidente de la República de Colombia.
Visita a los campesinos en San José, Mosquera.
Misa para la gran concentración de trabajadores, empresarios y universitarios, en el Campo Eucarístico.
Encuentro con el Cuerpo Diplomático y Altas Autoridades Extranjeras llegadas con ocasión del Congreso (en la Nunciatura).

SABADO: 24 de agosto de 1968

Santa Misa en la Parroquia de Santa Cecilia.
Inauguración solemne de la II Conferencia General del Episcopado Latino-Americano en la Catedral Primada.
Bendición de la nueva Sede del C. E. L. A. M. (Calle 78 con carrera 11).
En el Templete, bendición de los nuevos esposos.
Salida del aeropuerto Eldorado para Roma.

HIMNO

CORO

Continentes y pueblos del orbe
congregados en torno al altar:
el Pan vivo en Banquete comamos
que nos une en amor fraternal.

ESTROFAS

I

A la Iglesia por Dios convocada
el Cordero se entrega en manjar,
su misterio de muerte y de vida
se renueva en febril memorial.
A torrentes la vida se vierte
por la ofrenda del vino y del pan.

II

Como el trigo en el pan se unifica
regocijo en el campo feraz,
en la cena los hombres se unen
en un círculo inmenso de paz
el intento de fe celebremos
una prenda de gloria inmortal.

III

Dilatemos con gozo las almas
anhelando fervientes la paz,
que vivamos los hombres unidos
en justicia y estrecha hermandad
construyamos un mundo más noble,
Cual preludio del Reino eternal.

IV

Peregrinos camino hacia el Padre
esperamos seguros llegar.
En la marcha a través del desierto
nos comparta el Maná celestial.
Al encuentro de Cristo glorioso,
Pueblo santo de Dios ¡Avanzad!

EL SANTO PADRE ENVIA MENSAJE DE GRATITUD AL CLERO DE LA ARQUIDIOCESIS

A Nuestro Venerable Hermano Aníbal Muñoz Duque, Administrador Apostólico de Bogotá

Vivo y tierno consuelo nos ha traído el devoto mensaje con el que los sacerdotes de esa archidiócesis han querido reiterarnos su leal y firme adhesión a la vez que testimoniarnos sus sentimientos de gozo, acompañados de plegarias, por el viaje que, Dios mediante, vamos a realizar a Bogotá.

No obstante, las oportunidades que nuestra próxima presencia entre hijos tan predilectos nos ofrecerá para expresarles nuestro aprecio y nuestro aliento, deseamos anticiparles nuestra profunda gratitud por su delicado rasgo mientras exhortamos a ellos y a todo el amadísimo clero de Colombia a seguir viviendo con fidelidad generosa su vocación de consagrados a los misterios divino-eclesiales y al servicio abnegado del Pueblo de Dios, a mantenerse gozosa y estrechamente vinculados entre sí y con sus celosos prelados quienes les han dado una prueba ulterior de su interés y amor pastorales, con el hermoso mensaje que les dirigieron en ocasión de la XXIV Asamblea del Episcopado y que Nos hemos visto con sicera complacencia.

En la suave espera de encontrarnos en medio de los sacerdotes de Colombia para adorar, en comunión de fe y de caridad, a Jesús Eucaristía, les impartimos ya desde ahora una especial bendición apostólica.

Vaticano, 30 de julio de 1968.

PAULUS PP. VI

COMUNICADO DE LA NUNCIATURA SOBRE LOS DIAS DE PERMANENCIA DEL SANTO PADRE

El Nuncio Apostólico se complace en comunicar que el Santo Padre Pablo VI, con motivo del próximo Congreso Eucarístico Internacional, llegará a Bogotá en la mañana del jueves 22 de agosto, y saldrá de regreso para Roma en la noche del sábado 24 de agosto.

La Comisión de divulgación del Congreso Eucarístico Internacional proporcionará el programa general de la Visita del Santo Padre.

MENSAJE DEL SEÑOR NUNCIO CON MOTIVO DEL V ANIVERSARIO DE LA CORONACION DE PABLO VI

Dilectísimos colombianos:

Me hago presente una vez más ante vosotros, para conmemorar el quinto aniversario de la coronación de Nuestro Santísimo Padre Pablo VI y para dedicar un pensamiento al Papa con motivo de la celebración de la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

En esta ocasión quiero presentar mi saludo fervoroso al excelentísimo señor presidente quien ha hecho gala de su condición de mandatario cristiano, en la pública confesión de la fe del país, al eminentísimo señor Cardenal, cuya virtud ha sido durante tantos años faro de luz para la Iglesia en Colombia, al excelentísimo señor administrador apostólico, cuya fiel adhesión a la Santa Sede, es ejemplo para el clero y para el pueblo católico, a la venerable jerarquía eclesiástica que con su celo y ejemplo ha conservado y aumentado el patrimonio de la fe, a las dignísimas autoridades civiles y finalmente al generoso pueblo católico de Colombia.

Al dirigirme hoy a vosotros mi corazón y mi alma se hallan sumergidos en el doble misterio que en forma esplendorosa y vital conjugará la historia en el vértice nobilísimo de este país, enriquecido con la herencia de la más pura tradición cristiana: la presencia real de Jesús en la Eucaristía y la presencia de Jesús en el Papa.

Esta doble presencia misteriosa es la más adecuada respuesta al problema más íntimo y más característico de nuestros tiempos: el dominio de lo caduco sobre lo permanente y trascendental.

Colocado el hombre moderno bajo el signo de la caducidad y la mudanza se produce en su espíritu inmortal una angustia y una desazón nacidos de

la pobreza de realidades substanciales y de valores permanentes. Está crisis de angustia y de fracaso ha cobijado todas las naciones del orbe.

Por un sabio y bondadoso designio de la Providencia, desde esta cumbre de la soberbia montaña andina la comunidad católica universal le dirá a este mundo que se debate en tinieblas de muerte y en angustias de fracaso, que Cristo resucitado, realmente presente en la Eucaristía es la verdadera respuesta para los hombres que sienten un anhelo infinito de vida, de amor, de verdad. Que la presencia eucarística de Cristo, es promesa, garantía y prenda segura de la ansiada y nunca conseguida felicidad.

Las inquietudes del mundo

Afectivamente el Papa Pablo VI al anunciar públicamente su viaje a Bogotá, dijo que con él quería "testimoniar la fe de toda la Iglesia en la triple virtud santificadora de la Eucaristía: memoria de la pasión redentora, profesión real de la presencia sacramental de Cristo, promesa de su venida final". De este modo la Eucaristía responde a las inquietudes del mundo. Como recuerdo de la pasión redentora la Eucaristía trae a la memoria de los hombres su liberación de la caducidad y la muerte y la permanente posibilidad de inserción en la vida resucitada de Cristo que sumerge al hombre en la fuente misma de la vida inagotable, indeficiente.

La prersencia real eucarística es un grito persistente en el tiempo del amor a Dios, fuente suprema de todos los amores, y del amor a los hermanos que se congregan en torno a la mesa para dividir emocionalmente el pan santo, que es la carne del Señor.

Y el misterio de la hostia es para el mundo esperanza infinita del triunfo final en la venida del Señor. Superación definitiva de las angustias e incertidumbres, roca que emerge sobre las arenas deleznables, sol en cenit sobre tinieblas de dolor y pecado, posesión anticipada de la felicidad y la gloria.

Pero, permitidme que me detenga en la consideración de un suceso de importancia indecible para Colombia y para los demás pueblos de América Me refiero a la presencia augusta del Santo Padre durante las celebraciones eucarísticas del Congreso Internacional, nueva y misteriosa presencia de Cristo entre nosotros y al mismo tiempo nueva respuesta de la Iglesia a las actuales inquietudes del mundo.

Para explicar el Papa el sentido de sus viajes decía que ellos significan que "los caminos del mundo están abiertos a su ministerio". Veinte siglos de camino cargados de historia ha recorrido Pedro para llegar físicamente con su ministerio hasta nosotros. Pablo VI, hablando de su identificación con Pedro ha dicho: "Pedro es apóstol, es decir, el enviado, el mensajero, el misionero, el difusor, el heraldo, el testigo, el embajador, el calificado de Cristo y de su Evangelio". (L. Osserv. Rom. 5 III 64). Las tierras jóvenes, vigorosas y promisorias de América recibirán al enviado, escucharán el mensaje, aceptarán la misión, sentirán resonar sobre las crestas indómitas de sus montañas, en sus valles profundos, sobre las ondas de sus mares y sus ríos misteriosos el pregón del gran heraldo, oirán reverentes el testimonio de fe del singular testigo, aceptarán gustosos la embajada y descubrirán con gozo el misterio de la presencia palpitante de Cristo en su Vicario. Acontecimiento singular, suceso extraordinario que conlleva obligante responsabilidad porque "no se puede estar

cerca del apóstol Pedro sin sentirse cargado y como envuelto en la misión que el Señor le confió". (L. Osserv. Rom. 5 III 64).

Esperanza:

En esta hora de pensamientos inestables y de ideas versátiles, agitada bajo el signo de la mudanza y del cambio, en que se desmorona la consistencia conceptual de muchas gentes, la presencia del Papa es una respuesta de consuelo y esperanza. Escuchemos las palabras de quien es "Vicario de Cristo, piedra angular y centro de unidad de la Iglesia esparcida por el mundo entero" (9 II 64) en una página de muy hondo contenido: "Dejaría de ser llamado Simón, hijo de Jonás, su nombre de nacimiento, se llamaría Pedro, su nombre de oficio. Es, pues, evidente que Cristo dio a su discípulo una particular virtud y un oficio especial, representados una y otro en la imagen de la piedra, de la roca, de la peña; la virtud de la firmeza, de la solidez, de la estabilidad, de la inamovilidad, de la indefectibilidad, a lo largo del tiempo y de los azares de la vida, y el oficio de ser el fundamento, el contramaestre, el sostén como Cristo dijo en la última cena al mismo Pedro: Confirma a tus hermanos (Lc. 22, 32)... Para quien tenga algún conocimiento o alguna experiencia de la fragilidad de las cosas humanas la palabra de Cristo a Pedro se le manifiesta en su audacia divina, que vence a la debilidad humana y desafía la caducidad de las edificaciones apoyadas sobre la arena del tiempo. Un milagro de equilibrio, de resistencia, de vitalidad, que encuentra su explicación en la presencia de Cristo en la persona de Pedro (L. Osserv. Rom. 6 II 64).

Se reaviva pues nuestra fe en el futuro religioso de las naciones de América, ante la proximidad de la visita de aquel que es "el sucesor del Apóstol Pedro, sobre el que Cristo fundó y sigue construyendo su gran edificio de la humanidad redimida, su Iglesia". (L. Oss. Rom. 23-1-64).

Coincide esta conmemoración aniversaria con el día final del año de la fe que hemos venido celebrando. En todos los ámbitos del país, en el mundo entero se ha entonado con renovado fervor el Credo de los Santos Apóstoles que sellaron con su sangre el testimonio fecundo de sus vidas evangélicas.

La fe cristiana

Sea por tanto mi última palabra una cálida y ferviente exhortación al pueblo colombiano para mantener incólume esa fe cristiana que ha dado dimensiones de eternidad a su historia, que ha ennoblecido su cultura, que ha marcado la ruta de su destino, que ha penetrado los complejos mecanismos de la relación social, que ha sido luz y sostén en las horas de oscuridad y de tragedia, acicate para el progreso, insustituíble fundamento de la paz, parte substancial, indivisible de la Bandera.

Esta fe, herencia nobilísima de vuestros mayores enriquecida y multiplicada por las virtudes propias de las nuevas generaciones, deberá brillar esplendorosamente ante el mundo en esa cita con la historia que es el Congreso Eucarístico Internacional. Ella será el más apreciado regalo, el más rico presente que hará Colombia, ante la faz del universo, al Padre común en ese día memorable que partirá en dos la historia de América, cuando la sandalia

del pescador, cargada de siglos, deje su huella bendecida en esa querida tierra colombiana.

Signo y expresión de esta fe ha de ser, según el pensamiento del Papa, la vivencia sincera de una gran caridad social, la creciente realización de una mayor justicia civil y el impulso incontenible a una auténtica prosperidad cristiana.

Invito pues, con todo mi corazón a todos y cada uno de los colombianos para prepararse con hondo sentido de la fe a rendir a Cristo Eucaristía los homenajes sinceros de vasallaje y de amor y para presentar a su Vicario en la tierra un emocionado tributo de adhesión y de afecto.

Bogotá, D. E., junio 28 de 1968.

MENSAJE DE MONSEÑOR ANIBAL MUÑOZ DUQUE CON MOTIVO DE LA FIESTA DEL PAPA

Venerables Sacerdotes,

Amados Religiosos,

Queridos Fieles,

Por antigua tradición los católicos han unido en su piedad y su fe la celebración litúrgica de San Pedro y San Pablo con la fiesta del Papa. Y con toda justicia, pues no sólo vínculos históricos patentes ligan al primer Pastor de la Iglesia con la persona que ocupa la sede primacial de Roma, sino también —y muy especialmente— razones teológicas y jurídicas nos muestran en el Papa al sucesor legítimo de Pedro y Vicario de Cristo en el gobierno y pastoreo de la grey cristiana. En esta ocasión, la gran familia católica se congrega alrededor del padre para testimoniarle la unidad que en ella reina y los sentimientos de amor, acatamiento y gratitud que la animan y alientan.

No vamos a exponeros el misterio religioso del papado, ni los fundamentos dogmáticos de su poder espiritual, ni lo que él ha significado como fuerza civilizadora en el transcurso de los siglos. Queremos sencillamente recordaros este año —al aproximarse la festividad de los Apóstoles Pedro y Pablo— los motivos trascendentales que tenemos los bogotanos para festejar con fe viva, renovado fervor y pródiga generosidad, a quien hoy preside los destinos de la humanidad cristiana.

Colombia, y destacadamente Bogotá, la noble Capital de la Nación, se ha distinguido siempre por su sólida devoción a la persona augusta del Papa. No podría ser de otra suerte, pues su acendrado catolicismo —aparte las deficiencias que en él encontramos y que estamos empeñados en superar— le ha impulsado a ver y sentir en el Sumo Pontífice a su guía y pastor, su Padre y Maestro, a sufrir con sus angustias y tener como propios sus triunfos y alegrías.

Su Santidad PABLO VI hizo explícito reconocimiento de esta catolicidad de nuestro pueblo cuando, en forma privilegiada, eligió a Bogotá como sede del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional. Recordemos sus propias palabras gratísimas: "Cuando Nos hemos fijado en Colombia como sede de la grande manifestación eucarística, hemos pensado en los siglos de fe cristiana que llenan sus anales". Desde entonces, varias veces se le ha oído repetir esta frase consoladora: "Mucho pensamos en Colombia, mucho amamos a Colombia". Qué alegría espiritual y qué ternura sentimos al saber que en todo este tiempo en que hemos venido preparandonos para el máximo acontecimiento de la historia colombiana y americana, hemos sido objeto entrañable de las plegarias, preocupaciones y solicitud del Padre común de los fieles.

Finalmente, y en una nueva muestra extraordinaria de su predilección, se dispone a visitarnos como Jefe de la Iglesia universal, para presidir el Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá, que así se convertirá por esos días en una nueva Roma y en el meridiano espiritual del mundo.

El encuentro con Pablo VI señala para nosotros el advenimiento de una nueva era en nuestra historia y el renacimiento a una vida religiosa más profunda y a un mayor dinamismo social.

Como si en el horizonte de nuestro porvenir divisara una aurora para otros invisible, Pablo VI anticipa gestos augustos y saluda la aparición de la paz que se confunde con el desarrollo integral de nuestros pueblos. Y con voz profética señala el camino necesario para alcanzar la meta y cumplir nuestro destino histórico. La presencia del Papa pone en nuestro corazón las más altas esperanzas.

No parece fuera de lugar, y sí muy oportuno, detenernos un poco en la atrayente figura de Pablo VI.

Cuantos se han acercado a su persona —y aún quienes lo ven por la televisión o en los retratos— pueden captar que una mezcla exquisita de pastoral melancolía y de paternal dulzura forman el fondo de su alma y dibujan los rasgos complejos de su fisonomía.

Tal es, si no me equivoco, la semblanza del Pastor que hoy gobierna a la Iglesia por la gracia de Dios. Una maravillosa alianza de ternura paternal y de fortaleza de carácter imprime a su personalidad un sello de firmeza y de equilibrio que nos dan la certeza de que el Pueblo de Dios de nuestro tiempo —erizado de dificultades y problemas como nunca quizás en el curso de la historia— es orientado y dirigido por expertas manos.

Pablo VI es el hombre de la clarividencia y de la decisión. El amor iluminado a Cristo y a la Iglesia y el respeto a la dignidad del hombre constituyen, sin duda, los rasgos característicos de su ministerio apostólico. Su pontificado de cinco años —y cuánto significa un lustro en el vertiginoso fluir de los acontecimientos actuales— ha dejado en la Iglesia y en el mundo contemporáneo huellas que no podrán borrar muchos años, ni acaso siglos. El nos ha mostrado el verdadero rostro de la Iglesia y su imagen misteriosa, y señalado su misión específica en el mundo de hoy y del mañana. Infundiendo sangre nueva en las venas del Cuerpo Místico de Cristo, y trazando al Pueblo de Dios nuevos rumbos espirituales y nuevos horizontes sociales, ha mantenido sin embargo con energía increíble, la fidelidad a la tradición católica en lo que ella tiene de esencial e inmutable, y defendido con vigor la pureza de la doctrina.

En el conjunto y en el detalle, por medio de encíclicas luminosas y constituciones y decretos; en el terreno de la doctrina y en el campo disciplinar; por medio de sus viajes pastorales y con sus continuos discursos y alocuciones,

se ha enfrentado a la reforma de la Iglesia suscitada por el Espíritu Santo y decretada por el Concilio Vaticano Segundo, del cual fue cabeza y guía. Y si fue admirable en su papel de orientador del Concilio, lo ha sido todavía más en su función de ejecutor fiel que no tolera se vaya a desvirtuar por la lentitud e incomprensión de los unos, o, lo que es más peligrosos, por la loca precipitación e inmoderado afán innovador de los otros. Equilibrio perfecto que lo ha mantenido en el sitio de la verdad y de la justicia, pero logrado solo Dios sabe a qué precio de sufrimiento y de tortura espiritual.

Como síntesis afortunada de su pensamiento y de su voluntad que acogemos fervorosamente y prometemos practicar sin descanso y sin pausa, sin temor ni vacilaciones, nos parece conveniente citar este aparte de una alocución pronunciada por el Papa en el pasado mes de mayo:

"Hay muchas cosas que pueden corregirse y modificarse en la vida católica, muchas doctrinas que pueden profundizarse, integrarse y exponerse en términos más comprensibles, muchas normas que pueden simplificarse y adaptarse mejor a las necesidades de nuestro tiempo. Pero dos cosas especialmente no pueden ponerse en discusión: las verdades de la fe, autorizadamente sancionadas, y la obediencia al ministerio de gobierno pastoral que Cristo ha establecido y que la sabiduría de la Iglesia ha desarrollado y extendido en los varios miembros del Cuerpo Místico y visible de la Iglesia misma, para guía y consuelo del multiforme conjunto del Pueblo de Dios.

Por eso: renovación sí; cambio arbitrario no. Historia siempre viva y nueva de la Iglesia, sí; historicismo disolvente del compromiso dogmático tradicional, no. Integración teológica según las enseñanzas del Concilio, sí; teología conforme a libres teorías subjetivas, a menudo alimentadas en fuentes adversarias, no. Iglesia abierta a la caridad ecuménica, al diálogo responsable y al conocimiento de los valores cristianos de los hermanos separados, sí; irenismo que renuncia a las verdades de la fe o que tiende a uniformarse a ciertos principios negativos, que han favorecido el alejamiento de tantos hermanos cristianos del centro de la unidad de la comunión católica, no. Libertad religiosa para todos en la esfera de la sociedad civilizada, sí, como también libertad de adhesión personal a la religión según la decisión meditada de su propia conciencia, sí; libertad de conciencia, como criterio de una enseñanza seria y autorizada, no. Y así sucesivamente".

Si nos es dado comprender la gigantesca lucha librada por el Papa, no podemos permanecer indiferentes a ella ni asistir a ese espectáculo como si fuéramos meros espectadores. Debemos hoy más que nunca, para ser fieles al compromiso que su venida implica, rodear al Papa con nuestro interés y oración, nuestra solidaridad y obediencia a sus orientaciones y mandatos. Debemos mantenernos indisolublemente unidos a ese foco de unidad y de vida fecunda que es el Papado de Roma.

La Iglesia debe esta unidad viviente y fecunda a la sangre del Redentor que corre por sus arterias y se desborda en torrentes infinitos en el Misterio de la Eucaristía; a la acción del Espíritu Santo que mantiene las almas unidas por la fe, la esperanza y el amor a Cristo y por Cristo, a Dios; a la constitución jerárquica, es decir, al episcopado presidido por el Papa que realiza el acuerdo de todos, y gracias a la identidad substancial de su programa de acción con el de los Papas que lo precedieron y de los que han de venir, conserva las generaciones unidas a través del tiempo y del espacio.

Los fieles y sacerdotes unidos al episcopado, y el episcopado unido al Papa, forman la unidad del Pueblo de Dios; unidad querida por Cristo como una de las propiedades esenciales de la Iglesia, reflejo de la unidad misteriosa del mismo Dios. No olvidemos la plegaria de Cristo, hecha inmediatamente después de haber instituído la sagrada Eucaristía la víspera de su Pasión: "Que yo esté en ellos, Padre mío, y Tú en Mí, a fin de que su unidad sea consumada. Ego in eis et Tu in Me, ut sint consummati in unum".

Os encarecemos, el día de San Pedro y San Pablo, intensificar vuestras oraciones y sacrificios para que el Señor conserve a nuestro amado Pontífice, le de larga vida y lo haga feliz en la tierra, como reza la fórmula litúrgica; y lo aliente en su cruzada del diálogo y del ecumenismo, de la unidad y del espíritu comunitario, de la justicia y desarrollo de los pueblos. Y que vuestra generosidad sea pródiga en los donativos que irán a manos del Papa para ser destinados caritativamente a las necesidades más urgentes del Pueblo de Dios

Y tened siempre presente que el más grande homenaje al Papa, en los tiempos turbados que vivimos, es la lucidez de espíritu en la comprensión y solución de los problemas eclesiales; es la firme y amorosa fidelidad a sus programas pastorales y a sus propósitos de renovación espiritual.

Queremos que esta carta y todos los actos realizados en la Fiesta del Papa, que clausura asimismo el Año de la Fe, sean la expresión sincerísima de la profunda gratitud que a todos nos embarga por el honor insigne y singular beneficio que Pablo VI nos hará con su próxima visita.

Deseamos que esta carta sea leída en las Asambleas Eucarísticas de la Fiesta de San Pedro y San Pablo en la Arquidiócesis de Bogotá.

Dada en Bogotá, en la Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, a 21 de junio de 1968.

✠ ANIBAL MUÑOZ DUQUE
Administrador Apostólico de Bogotá

MENSAJE DE MONSEÑOR ANIBAL MUÑOZ DUQUE, AL ACERCARSE LA REUNION DEL CONGRESO EUCARISTICO

Al acercarse la celebración del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, como personero de la comunidad a la que he entregado mi humilde pero total servicio, quiero dirigirme para hacerle un cordial llamamiento. Siento mi grave responsabilidad, pero tengo fe en el mensaje evangélico que estamos transmitiendo y confianza en la buena voluntad y en las virtudes de nuestro pueblo.

Hagamos cesar por amor a Dios y a Colombia todas las causas de separación. Llevo en mi alma un agradecimiento muy grande a todos, que llegará a su colmo si ahora trabajamos para realizar el ambiente de paz, de esperanza, de optimismo, necesarios para que el Espíritu Santo realice la unidad, en la cual llevamos juntos el pan eucarístico al altar internacional y sentemos las

bases del desarrollo integral de nuestra comunidad. Tenemos en nuestras manos nuestro propio destino.

En particular rogamos a los medios de comunicación social sean nuestro instrumento de pacificación. Tenemos mucho que agradecer a los hombres que son como sus ministros, hermanos y compatriotas nuestros, pero les recordamos que si se olvidan de su responsabilidad todo podría estar perdido. Cada estudio de radio y televisión debe ser un altar a la justicia y a la verdad. Cada noticiero debe ser camino de caridad para esta verdad y cada carácter impreso en la pureza del papel debe constituír un testimonio del culto a esta misma verdad. Con el amor que profeso a todos los ruego me permitatn dictarles como propio le criterio del servicio de la comunidad y el bien de la misma que se llama "bien común".

Colombia y en particular Bogotá deben abrir la vena de la reflexión sobre el sentido del CEI y sobre la visita del Santo Padre.

Escribir más sobre tan elocuentes palabras como estas del Papa:

"Queremos encontrarnos presente personalmente —siempre lo estamos en espíritu y con el corazón— en medio de poblaciones que innumerables y fuertes lazos nos hacen particularmente amadas".

"La capital colombiana y con ella toda la América Latina, será durante esos días como el centro del mundo católico unido en la adoración del gran Misterio Eucarístico".

Y nos asegura que aquí estará "para orar y para participar de las ansias, de las esperanzas, de los propósitos buenos y generosos de los hijos" que luchan "para traducir animosamente en la práctica el impulso magnífico de vida religiosa, de justicia, de caridad fraterna que en el nombre de Cristo se encierra".

Vuelve a repetir, como que siente el pulso del corazón de nuestro pueblo bueno, leal, sincero y trabajador: "Nuestra presencia será un homenaje a los siglos de vida cristiana en aquellas regiones, a la admirable obra de los apóstoles y de los pastores, a la buena acogida de aquellas buenas y ardientes poblaciones".

Y nos señala la misma meta que el CEI ha venido trazando y realizando con fe: "Nuestra presencia será un estímulo para una acción concorde, valerosa y ordenada para el desarrollo espiritual y social bajo el signo de las tradiciones cristianas y la fidelidad consciente y gozosa a la Iglesia y a sus enseñanzas".

Para darnos esta prueba el Papa quiere estar en contacto con el pueblo todo, por eso estará con los campesinos en San José, por esto estará con los universitarios, con los obreros, con los empresarios en el Campo Eucarístico, por, eso celebrará la misa con concentración numerosa de familias pobres y departirá con ellas, por eso desde el balcón de la Casa Arzobispal bendecirá al pueblo no una sino varias veces, por eso ordenará varios sacerdotes y verá a los demás en la Catedral, primera Iglesia de Colombia, por eso verá a los religiosos y bendecirá a las nuevas familias en el Templete. La publicación del programa será ocasión de reflexiones santtas y causas de alegría para todos los auténticos católicos.

Mucho agradecemos las muestras de afecto al Papa expresadas en el deseo de verlo hospedarse en la Casa Arzobispal, pero también sentimos por qué no decirlo sincera y caritativamente, que la discusión haya tomado un cariz personal y rebozado los límites del respeto.

Me siento unido a todos con derechos para interpretar estas manifestaciones como signo de amor al Papa, pero también con entereza para asegurar que a nadie han movido consideraciones personales, exclusivistas o clasistas. Tanto hemos meditado y predicado el sentido de la comunidad de salvación que no podemos excluír a nadie, sino amar a todos positivamente.

Después de haber considerado la cuestión bajo todos los aspectos, tenida en cuenta, la seguridad de la persona del Santo Padre, consultadas las autoridades se ha resuelto no modificar el proyecto primero de alojamiento del Papa en la Casa de la Nunciatura. Mi confianza se extiende hasta hacerme seguro de que todos aceptarán tranquilamente la determinación.

El Papa está en Bogotá, corazón de Colombia, y cátedra del Vicario de Cristo para la América Latina en agosto de 1968.

✠ ANIBAL MUÑOZ DUQUE
Administrador Apostólico de Bogotá

Bogotá, D. E., julio 10 de 1968.

ACTA DE LA CONSAGRACION DEL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL

El altar mayor de la Catedral de Santafé fue consagrado, junto con la Catedral, por el Ilustrísimo Señor Don Baltasar Martínez de Compañón, Arzobispo de Santafé, el 3 de junio de 1792. Le dio como titular a la INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA y en él colocó las reliquias de los santos mártires: Fidel, Próspero, Emérito, Bono, Dilecto, Decendente, Facundo, Firmo, Crecencio, Deodato, Victorino, Bonifacio, Ireneo, Justo, Marcial, Justino, Pacífico, Valentín, Verecundio y Vicente.

El 19 de abril de 1823, concluída la nueva Catedral, ésta fue consagrada por el Ilustrísimo Señor Don Rafael Lasso de la Vega, Obispo de Mérida de Maracaibo, quien incluyó en el altar mayor las mismas reliquias de los Santos Mártires.

El lunes 31 de diciembre de 1900, el Ilustrísimo Señor Don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, consagró un nuevo altar mayor, construído en piedra y mármol, y colocó en él también las reliquias de los Santos Gaudencio, Valeriano, Liberato, Cosme, Pedro Claver e Isabel de Hungría.

Y el 15 de agosto de 1968, el suscrito Aníbal Muñoz Duque, Arzobispo Titular de Cariana y Administrador Apostólico de Bogotá, consagró un nuevo y precioso altar de mármol, que adorna el frontal de la plata repujada del altar primitivo, y que fue construído precisamente bajo la cúpula de la Catedral artística y espléndidamente restaurada y enriquecida, con ocasión de la celebración del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional. En dicho altar mayor se incluyeron las reliquias de los Santos que habían sido colocadas en los altares anteriores.

✠ ANIBAL MUÑOZ DUQUE
Administrador Apostólico de Bogotá

BREVE APOSTOLICO NOMBRANDO AL CARDENAL LERCARO LEGADO PONTIFICIO AL CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL

A nuestro querido hijo Santiago, Cardenal Lercaro.

PAULO, PP. VI.

Querido hijo nuestro: salud y bendición apostólica

Bogotá, capital y fortaleza de la insigne Colombia, ciudad emplazada en amenísimo lugar, de noble origen, ilustre por el industrioso ingenio y valía de sus ciudadanos, nobilísima por su profesión y observancia de la religión cristiana, ha sido elegida digna sede donde el Congreso Eucarístico Internacional tendrá lugar el próximo mes de agosto.

Esta noticia que nos fue bien grata al oído, lo será más aún para la vista. Pues, como quiera que hace tiempo teníamos intención de visitar la América Latina, este nuestro deseo puede felizmente consumarse con ocasión de los actos religiosos de dicho Congreso. En efecto, allí nos dirigiremos por vía aérea en un breve y fugaz viaje, pero, con la ayuda del Angel de Dios, seguro y feliz; lo que esperamos sucederá para gozo y provecho de la fe católica. Conscientes en nuestro ánimo de que redundará en abundancia de bendición del Evangelio de Cristo para nuestros queridos hijos de Colombia y de que será dar satisfacción a la esperanzada expectación y consuelo de aquellos hijos. Lo que nos será dado ofrecer, presidiendo en parte, el solemne Congreso Eucarístico, además de poner nuestra atención y cuidado en la inauguración de la asamblea general del Episcopado de América latina. Por lo que nos ha parecido conveniente que uno de los purpurados de nuestro Sacro Colegio Cardenalicio represente a nuestra persona en aquellas solemnidades que se han de celebrar profusamente en honor del Augusto Sacramento. Así, pues, mediante estas letras te elegimos y constituímos, como ya antes te fue anunciado, querido hijo nuestro, nuestro legado para que en nuestro nombre y autoridad presidas las sagradas ceremonias y para que lleves el testimonio y sentimiento de nuestro ánimo a aquel país.

Pan que desciende del cielo

Te rogamos hagas saber que Nos supimos complacidos que el culto hacia la santísima Eucaristía entre los colombianos, y singularmente en la ciudad de Bogotá, se acrecienta más y más por el obsequio de las mentes de sus adoradores y que éstos cultivan con toda razón el "misterio de fe" y desean acercarse al pan de desciende del cielo, para encontrar la vida y obtener la salud del Señor (cfr. Prov., 8, 35).

Tan sublime actitud encierra el misterio eucarístico que el sentido falla de lleno investigándolo y contemplándolo, y se hace totalmente inadecuada cualquier expresión oral de su grandeza. En trance de ilustrar durante aquellos días el sacramento del altar, en Bogotá, como vínculo de caridad, ha de

tenerse esto muy a la vista e inflamarse en piedad hacia dicho sacramento. Lo que ciertamente consideramos producirá un providencial y feraz fruto para las necesidades de nuestro tiempo.

Pues, como quiera que todos los sacramentos de la Iglesia expresan la naturaleza social de aquélla, mucho más sucede esto y con más fuerza en la santísima Eucaristía. La cual, aunque alimenta de modo extraordinario la vida íntima, brilla extraordinariamente también por su índole y eficiencia social.

Vínculo de perfección

Pues es sacramento de caridad, vículo de perfección, fuente abundante de vida. En realidad, lo que en el cuerpo del hombre es el corazón y en el Cuerpo de Cristo es el Corazón Santísimo, lo es sin duda la Eucaristía en la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo (Col., 1, 20) y por ello obtiene análogamente esa preponderancia vital en ella. Pues el Sacramento Augusto del altar, como sol de aquélla y como alimentador de su vida, con su calor la penetra y reviste todo, lo visible y lo invisible, auna el tiempo y la eternidad. "Nuestro Salvador, en la última cena, en la noche que era traicionado", instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, por el cual perpetuaría el sacrificio de la Cruz por todos los siglos hasta su venida y con él entregaba a la Iglesia, su amada Esposa, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, convite pascual en el cual se recibe a Cristo, el espíritu se llena de gracia y se nos da como prenda de la gloria futura (Oecumenicum Concilium Vaticanum II. Constitución de Sagrada Liturgia, núm. 47).

A esta luz, querido hijo nuestro, exhorta a la muchedumbre asistente a las solemnes celebraciones para que, imitando fielmente la tradición de sus padres, se propongan robustecer y ampliar el culto ecucarístico como signo de fe, como valladar contra los errores, como estímulo de virtud incluso en el orden social.

En razón de esto no solo te dirijas a los colombianos, sino a la multitud de gentes que acudirán de todas las partes para que, en unidad de espíritu y de oración a Dios, obtengan estímulos del sacrosanto Congreso Eucarístico de Bogotá, y aumenten sus esfuerzos para concordira las necesidades sociales y comunitatrias.

Justicia sin violentas perturbaciones

Igualmente se ha de orar y actuar para que en estas regiones impere la paz de Cristo en el reino de Cristo, florezca el sentido de fraternidad, prevalezca el deseo de lo honesto y de lo recto, abunde la justicia, no mediante violentas perturbaciones del pueblo, que ocasionan siempre males peores, sino mediante saludables leyes en pro, primero, de las clases más débiles, inspiradas en los preceptos de los dogmas cristianos y llevadas realmente a la práctica. Que estos dones celestiales de paz y caridad los propicie la Santísima Virgen María del Rosario, que es venerada como patrona y reina gloriosa de Colombia, siempre madre bienhechora, de la gracia, de la esperanza y de la santa alegría, en la cual nunca es vano poner nuestra confianza y por la cual

se alcanza lo mejor, porque es más propicia a dar de su magnificencia que a recibir de la indigencia de sus hijos.

Por último, deseando muy mucho que asumas con toda dignidad y observancia la misión de honorable legado pontificio "a latere", impartimos nuestra apostólica bendición llena de caridad a ti, querido hijo nuestro, al arzobispo cardenal de Bogotá, a los demás obispos de Colombia y a los prelados, autoridades e hijos todos que asistirán de todas partes al Congreso Eucarístico.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 16 de julio de 1968, sexto de nuestro pontificado.

PAULUS PP. VI

DISCURSO DEL CARDENAL LERCARO AL INSTALAR EL C. E. I.

En América Latina y en el mundo, que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios Padre y la Comunión del Espíritu Santo, sean con todos vosotros. Amén.

Al excelentísimo señor Presidente de la República mi respetuoso homenaje a vosotros mis muy venerados hermanos, en el episcopado y en el sacerdocio, el ósculo de paz. A todas las respetables autoridades, que desde este mismo instante de la apertura del Congreso me honran con su presencia, mi saludo deferente, en el nombre del único Señor Jesucristo, el solo nombre en el cual puede esperarse la salvación, y en el que nos hallamos aquí congregados.

A vosotros, todos, miembros del pueblo de Dios, hermanos, yo diría, por la gracia de conquistas que han borrado las diferencias de raza, de color, de condición social, mi augurio de prosperidad, de justicia, de paz, de verdad y de gracia.

A los pobres y desafortunados, a los enfermos, a los ancianos, a los que sufren, a los niños, mi abrazo; el abrazo maternalmente primoroso de la Iglesia, el nobilísimo abrazo de Cristo, Hermano y Salvador nuestro.

Sin embargo, y bien lo sabéis, quiero traer a vosotros, como mensajero y representante, la fe que le ha enviado el Vicario de Cristo a cuyas solicitudes se halla confiada toda la gracia del Señor. El está ahí presente, en este Concierto Universal, con su augusta palabra que hemos escuchado con veneración y que traza una armoniosa pauta a los trabajos y a las celebraciones de este Congreso.

Pero nuestro Papa Pablo VI, estará personalmente entre nosotros, dentro de pocos días. Será el primer Sucesor de Pedro, que posa sus plantas en esta tierra latinoamericana, en esta nación, única en ostentar el nombre del gran genovés, que enclavó la cruz de Cristo en el suelo del Continente.

Humilde Precursor

He venido como humilde precursor a preparar los caminos desde este lugar que recogerá la plegaria de la Iglesia, esparcida por el mundo pero unida en la verdad y en la caridad de Cristo; ahora en nombre vuestro, ofrezco al Padre común, al peregrino apostólico que cruzará el océano, para celebrar la Eucaristía en comunión con el mundo entero aquí representado; Yo ofrezco

el rendido agradecimiento de América Latina y de todos los peregrinos en homenaje devoto de hijos, sus sentimientos de trepidante y gozosa espectación, su esfuerzo humilde y responsable, para hacer fecunda nuestra multitudinaria reunión y la histórica presencia del Romano Pontífice en Bogotá.

Pero nos encontramos aquí y con nosotros tendremos al Santo Padre para celebrar la Eucaristía, esencia, en primer término, el memorial vivo y actual del sacrificio redentor en el que Cristo, Hijo nuestro y Hermano nuestro, se ofreció en holocausto a la justicia del Padre, para cancelar nuestros innúmerables pecados y reconciliarnos con Dios. Todos nosotros, había escrito siglos atrás el profeta Isaías, andábamos errantes como ovejas descarriadas y Dios cargó sobre El nuestras culpas. Verdaderamente, El tomó sobre sí nuestras enfermedades y nuestros dolores. El castigo salvador pesó sobre El y en sus llagas hemos sido curados.

En la Misa, como en la Cruz, su cuerpo es inmolado por nosotros; su sangre es derramada para la remisión de los pecados de todos, y como ratificación del nuevo y eterno pacto de reconciliación y de alianza entre Dios y los hombres. Jesús es, en el altar de la Misa, según la expresión del Bautista, el verdadero Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Así como en el Apocalipsis el Apóstol Juan lo vio sobre el altar del Cielo, muerto, pero erguido y victorioso; de suerte que el Sumo, el Cordero, puede romper los sellos del libro, en donde están escritos los destinos de los pueblos. Del mismo modo está sobre el altar del sacrificio, víctima inmolada a la majestad de Dios, pero resucitado y vencedor de la muerte, como fuente de vida, misericordia y paz.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros, dános la paz.

Ten misericordia de nosotros, que pecadores, padecemos la inquietud de estar alejados de Dios y angustiados nos percatamos, a pesar de nuestro orgullo, de que las posibilidades a nuestro alcance, en vez de ayudarnos a construír en el mundo una morada de proporciones humanas, nos sirven a menudo para excavar abismos y sembrar ruinas. Que con todo cuanto Juan el Bautista predijo, la inminente revelación del Cordero que quita los pecados del mundo, para preparar inmediatamente las vías del Señor, predicó la penitencia, dando testimonio de ella en su cuerpo extenuado por el ayuno, en su cabellera inculta, en su vestir rudo. Exigió los frutos de penitencia, aun con la amenaza; ya el hacha está puesta a la raíz del árbol y en su mano tiene el tridente.

A quienes arrogantemente envanecidos se decían justos, por ser miembros del pueblo escogido y descendientes de la estirpe de Abraham, reclamó un estricto sentido de justicia, a los publicanos, atraídos hacia la injusticia por el encanto del dinero. A los soldados del imperio, fácilmente inclinados a los abusos de poder incontrastable, pidió una clara conciencia del respeto a la libertad. Exhortó a las muchedumbres inquietas agolpadas en las riberas del Jordán, a la generosa solidaridad con los necesitados. El que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos, haga lo mismo.

También al mundo cristiano de nuestro siglo, a nosotros, venidos a adorar el Cordero que quita el pecado del mundo, se dirige esta invitación de las primeras páginas del Evangelio.

Que anticipando la llegada del Vicario de Cristo a este Continente hago mías, que al iniciarse este grandioso Congreso, el cual se enmarca en un con-

tacto histórico preñado de presentimientos, de promesas, de esperanzas y de temores, se nos demanda, como lo hacía Juan el Bautista, en la angustia de aquel momento de expectativa, una metanoya. Haced penitencia, porque el reino de Dios está cercano. Penitencia, metanoya, una revisión de nuestras conciencias; de los rumbos de nuestra vida, de nuestros criterios, de nuestras actividades y de nuestros procederes sociales. Una revisión a la luz y frente a frente del Evangelio. Porque el Evangelio es palabra de vida, y de vida eterna.

Más, aún con el apóstol Pedro o testimonio a Jesús, la sola palabra de vida Eterna. El Verbo que permanece aunque pasen el Cielo y la Tierra.

Siendo eterno, esta palabra no deja de iluminar y fecundar, pues es siempre actual, los momentos transeúntes del tiempo.

He aquí por qué la Iglesia, depositaria e intérprete de la palabra de Cristo, al ejercer su magisterio en el transcurso de los siglos, no cesa nunca de referir al Evangelio las situaciones históricas contingentes.

Todos y cada uno hemos de comparar con el Evangelio nuestras posiciones interiores y modos de honrarla y cada cual con lo que a sus propias funciones toca, para confrontar con el Evangelio nuestras condiciones históricas, las presentes estructuras económicas y sociales.

Debemos confrontarla con la profunda humildad del hombre que conoce sus debilidades y el atractivo de la serena tentación a sustraerse de las diligencias del reino de Dios y de su justicia, para abandonarse a sus propios egoísmos personales y colectivos.

El hombre propenso está también a legalizar y legitimar una apariencia de orden Constitutivo, fenómeno de injusticia y hasta de odio.

Compararnos hemos con el Evangelio de valor permanente y sobre todo cuando, como hoy, los signos de los tiempos revelan, no lejano, el despuntar de un mundo nuevo.

Nadie, en efecto, puede no advertir que al progreso científico y técnico con el uso de nuevos y potentes medios de comunicación, ha modificado enormemente las recíprocas relaciones entre los pueblos, haciendo cada vez más posible y cercana la unificación de la gran familia humana. Pero despertando al mismo tiempo, por un misterioso contraste, cuya sola explicación es el peso del pecado, los más hondos y mortales egoísmos sociales, a tal punto que se aceptan desniveles pavorosos y amenazantes, divisiones y luchas sangrientas, se llega hasta autorizar e imponer genocidios.

Un momento, el actual, que en la oposición de los fenómenos, acusa los agudos dolores y las esperanzas risueñas de la gestación. Así, pues, a nosotros, agrupados en torno al Cordero, que quita el pecado del mundo se nos pide, como a las turbas pedía el Precursor, que sintamos profunda, imperiosa y viva la responsabilidad de pertenecer al pueblo de Dios, es decir, de ser la imagen de Abraham; la responsabilidad de llevar el nombre de cristianos, con el cual nos llamamos y somos hijos de Dios, vinculados por un lazo de fraternidad que afianza y sublima a la unidad de la común naturaleza.

También se nos exige a nosotros, a nosotros especialmente, el máximo respeto de la justicia y de la libertad en la convivencia con nuestros semejantes, en el trato, ordinario, en el ejercicio de la proporción como el Bautista lo demandaba a los publicanos encargados de recaudar los impuestos, en las relaciones entre las diversas categorías, entre las distintas clases sociales, entre las gentes de origen diverso, como el Precursor pedía a los soldados del Imperio que no maltratasen a las poblaciones subyugadas.

Se nos reclama justicia social, para que los bienes esenciales de la existencia, el pan, nuestro pan, más el necesario y suficiente alimento de ser, en sus manos, el vestido, el techo que sea casa y no madriguera, el trabajo digno del hombre, las seguridades del mañana, el cuidado de la salud, el acceso a la cultura, la libertad, la participación en la vida de la comunidad, sean distribuídos equitativamente. Que no suceda, que uno posea dos túnicas y otro no tenga cómo cubrirse; que uno coma en la abundancia y otro padezca de hambre; que uno goce ampliamente de los bienes de la naturaleza, de la cultura, y otro esté completamente desposeído y colocado en situaciones que ofenden a la dignidad humana, envenenan la vida, cierran cualquier perspectiva y esperanza.

Sobrepasando el apremiante llamamiento del Precursor, Jesús dirá después que El será atormentado por el hambre y la sed de justicia, es una bienaventuranza.

¿No emplea el Maestro un lenguaje tan enfático? No habla de hambre y sed, cuando proclama las otras bienaventuranzas, pero lo hace al anunciar ésto, lo cual encuentra graves obstáculos en el egoísmo personal y colectivo. Todos los que se precian del nombre de cristianos, para no decir, cuántos son conscientes de la propia dignidad, han de esforzarse, por tener esta hambre y sed de justicia, por implorarla de Dios con perseverante oración, por sentirla con neta conciencia, contra cualquier tentación de despreocuparse de las condiciones de los demás.

De Caín es la pregunta insolente: "¿Soy yo, acaso, el guarda de mi hermano?". Y no obra la caridad de Dios, enseña el apóstol San Juan, en el que teniendo bienes de este mundo y viendo a su hermano padecer necesidad, le cierra sus entrañas.

Sentir el hambre y sed de justicia, con clara misión, contra toda forma de exclusividad sea de raza, de clase, de categoría, de grupo contra cualquier ambición de poder, contra toda aspiración de venganza o de desquite. Pero, sobre todo, quien tiene la responsabilidad de otros, debe anhelar interpretar el hambre y la sed de justicia y tanto más cuanto mayor y más amplia sea su responsabilidad.

Lo pienso, tembloroso, desde que soy obispo y lo recuerdo ahora, a cuantos, en una u otra forma, están revestidos de autoridad. En primer lugar, a nosotros, a los que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios, a fin de que en nuestra predicación, nuestra enseñanza, nuestra palabra virilmente humilde, pero realmente franca y más aún, nuestra vida evangélica, sean levadura fecunda que fermente y madure en las almas y en la conciencia de la comunidad, el ansia de la justicia, la rebelión interior contra cualquier tentación de egoísmo y de dominio.

Que en ellas fermente y madure el germen divino de la caridad, sin la cual, muy difícilmente, se obtendrá justicia. Y esta será inadecuada, y casi inhumana, marcada de venganza y de odio; y por lo tanto, absurda, pero realmente injusta.

Con deferencia y caridad, mas con toda libertad apostólica, yo recuerdo a los que guían los destinos de la comunidad civil, a fin de que a la luz del Evangelio, por la Iglesia siempre proclamado, pero más que nunca en esta

aurora de una nueva era histórica, examinen las situaciones creadas a través de procesos superados y con ánimo inmune de toda injusticia o presión irracional, lleven al cumplimiento, en donde fuere renovación de estructuras.

Las serias palabras del Precursor a los dirigentes del pueblo de Dios, que se consideraban seguros de ser hijos de Abraham y custodios de la tradición: "Mirad que ya el hacha está puesta a la raíz del árbol y el que ha de venir tiene el bieldo en su mano para separar el grano del tamo", resuenan, tal vez hoy más que en el pasado, comprensibles y actuales.

Al paso que una rápida sucesión de sacudidas sociales, una inquietud difundida en almas generosas, para instaurar un nuevo orden de cosas más humano y más acorde con el Evangelio, una veloz, casi fulgurante toma de conciencia, contra injusticias y desigualdades toleradas por siglos, un común anhelo de libertad y de dignidad, anuncian que la levadura del Reino de Dios ha penetrado por vías misteriosas, a veces inimaginables, y está fermentando y madurando al mundo, a pesar de que exageraciones, descomposturas, imprudencias, instrumentalizaciones, cambian acá y allá, la auténtica fisonomía de este proceso.

Si lo que se vislumbra es el semblante, aunque desfigurado del Reino de Dios, esperado y profetizado por Isaías, que pone en boca del Mesías el siguiente programa:

"El espíritu del Señor Jehová descansa sobre mí, pues Jehová me ha ungido y me ha enviado para predicar la buena nueva a los pobres y sanar a los pobres de corazón quebrantado, para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados".

Este programa, Jesús lo hizo suyo en el discurso de Nazaret, y en respuesta a los mensajeros del Bautista. La buena nueva anunciada a los pobres, es, afirma Cristo, la señal inconfundible de que el Reino de Dios sea establecido.

El Concilio Vaticano II, primordialmente en la Constitución "Gaudium et Spes" y las grandes encíclicas de los dos últimos Pontífices, han referido el anuncio profético y evangélico a las situaciones existenciales.

El Cordero de Dios, digno de recibir el honor, la majestad, el reino, renovando sobre el altar para nuestra salvación y redención, la inmolación de la Cruz, afirma y exalta la caridad, que es la perfección de toda justicia por ser la esencia de toda ley.

Pero la inmolación de la Cruz, advierte, además, que Cristo ha venido, no para ser servido sino para servir, y servir hasta el extremo, hasta dar su propia vida y darle vida; es el sello supremo de la caridad. Por eso, Cristo atribuye al servicio la marca inequívoca del amor, con que El mismo nos ha amado y del cual nos ha dado un mandamiento. El mandamiento nuevo que caracteriza y distingue la nueva alianza; su mandamiento, cuya observancia manifiesta al mundo nuestra fidelidad al Evangelio.

En la última noche de su vida mortal, en la intimidad del Cenáculo, al pie de la mesa sobre la cual la Eucaristía había sido celebrada, por primera vez, y dejada como memorial perpetuo hasta el día del gran retorno, el Señor, quitándose las vestiduras y ciñéndose una toalla, comenzó a lavar los pies de los discípulos. Era el servicio ritual que el esclavo prestaba al huésped de honor.

"Vosotros —comentó Jesús a los apóstoles asombrados—, me llamáis Maestro y Señor y decís bien porque lo soy. Pero yo he dado el ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho: Amáos los unos a los otros, como yo os he amado a vosotros".

Sirviéndonos los unos a los otros. Va el primero a servir para saber quién, en cierto modo, es Señor y Maestro. La autoridad es servicio y el servicio es amor. Concreta demostración de amor, supone con ello la renuncia, el sacrificio, la Cruz, el altar. Pero los acepta y abraza porque como la de Cristo y por la de Cristo también la Cruz del servicio es fecunda.

Este clima nos introduce y a él nos educa, nuestra solemne celebración de la Eucaristía, clima eminentemente evangélico y por lo mismo, tan profunda y positivamente humano. Con este impulso de generosa apertura a las enseñanzas del Evangelio, con fe encendida abrimos las solemnes celebraciones de las jornadas de esta semana, la cual ofrecerá a nuestras miradas y más aún, a nuestros espíritus, el admirable sacramento de toda la Iglesia a través de la cual Cristo, Salvador único, continúa su obra redentora.

Contemplaremos la Eucaristía, cima de todas las actividades de la Iglesia, fuente de todas sus energías, país y eje de su vida comunitaria, memorial perpetuo del amoroso sacrificio de la Cruz, tesoro de la Iglesia. La Eucaristía, con la cual están estrechamente unidos y a la que se ordenan todos los sacramentos y todos los ministerios eclesiásticos, y las obras de apostolado.

Ese Espíritu Santo, que abrazó el Cenáculo con su fuego resplandeciente y fortificador, encienda también nuestra ciudad bendita, que exhibe hoy, en sus representantes autorizados y devotos, a la Iglesia de Dios. Llene los corazones de los fieles y prenda en ellos la llama de su amor y la Madre siempre Virgen de nuestro Dios y Señor Jesucristo, cuya presencia y oración sostuvo a los apóstoles en la espera de la efusión del Espíritu, sostenga con su intercesión y haga eficaces nuestro Congreso y nuestra plegaria. Amén.

DISCURSO DE MONSEÑOR ANIBAL MUÑOZ DUQUE AL SALUDAR A LAS DELEGACIONES

Eminentísimo Cardenal Legado Pontificio, Excelentísimo señor Presidente de la República de Colombia, Eminentísimos señores cardenales, señores Ministros del Despacho, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico, Excelentísimos señores arzobispos, obispos y demás prelados, señores Embajadores y enviados especiales, señor Alcalde Mayor de Bogotá, hermanos en Cristo:

Con honda emoción de prelado, de colombiano y de americano, en día tan solemne me corresponde daros la bienvenida a esta tierra fecunda y promisora, constelada de campanas y de torres y sembrada de colegios y universidades, de fábricas y de labrantíos, en dode la plegaria y el trabajo se unen armoniosamente en la adoración a Dios y al servicio del hombre.

A este Congreso Eucarístico Internacional que busca estos dos fines supremos deben confluír las tradiciones cristianas que por cuatro siglos han enriquecido el curso de nuestra historia y han significado y hecho grande el pueblo americano. Desde aquella alborada en que la Cruz y la Hostia se le-

vantaron hasta el Cielo como signos de redención y de progreso hasta los días angustiosos, pero esperanzados que vivimos, Cristo ha presidido nuestra historia. La fe y el espíritu religioso de los evangelizadores de América los empujaban más allá del espejismo de El Dorado hasta los tesoros inestimables de las almas redimidas por Cristo. La fe que ennobleció la conquista, la salvó del fracaso e hizo que tanto sacrificio de estos mundos no quedaran estériles, levanta ahora este altar internacional. Sin la fuerza moral y los estímulos nobles que crea la conciencia religiosa jamás se habría escrito la epopeya grandiosa de la conquista y la población de nuestras tierras. Los misioneros, héroes de la cruz, quijotes a lo Divino, fueron los intermediarios en el choque sangriento de las dos razas la conquistadora y la aborigen, erigiéndose en severos jueces del vencedor y en protectores del vencido. La evangelización de esta América nuestra fue en verdad una cruzada mística que compensó con sangre de mártires, la vertida por la espada del guerrero, cruzada que destella luz mansa y apacible bastante para que haga palidecer el rojo resplandor de los incendios y de los combates. Desde entonces comenzó la labor cultural y educadora de la Iglesia que se muestra asociada a toda hazaña de gloria y de peligro, que inspira y ayuda a hacer efectiva una legislación unitaria, protectora de los derechos del indio, que prende el egoísmo humano, cruel y despótico, mantiene viva la llama de la caridad y enhiesto el estandarte del idealismo y de los supremos valores del espíritu. La educación del pueblo fue íntegramente durante dos centurias y media obra exclusiva de la Iglesia, y qué decir de la vitalidad artística colonial, impregnada totalmente por el ideal religioso cargada de sentido místico e impulsada y favorecida por la Iglesia y cuando las naciones fueron adquiriendo bríos y perfiles de juventud lozana que heroicamente conquistaron la libertad, fruto sagrado del árbol del Calvario y al amparo de doctrinas enseñadas en los claustros y universidades y estudiadas en los libros de los grandes maestros de la escuela teológica, Suárez, Victoria y Belarmino, para solo citar los más eximios, nuestro pueblo reasumió su soberanía y recuperó la plenitud de sus derechos.

Sentimiento de estricta justicia

Desde la urbe populosa hasta el rincón silencioso de la aldea lejana, y desde el alba del Descubrimiento hasta lo tiempos que corren, así sean muchas deficiencias y notorias las imperfecciones toda empresa de aliento, todo óbolo de adelanto y de bienestar, toda idea de progreso ha sido inspirada o estimulada por la Iglesia. Me ha parecido, Excelentísimo señor y hermanos en Cristo, de estricta justicia, en esta apoteósis mundial, rendir homenaje de gratitud a los artífices de esta unidad de fe y de cultura, prelados y religiosas, sacerdotes y catequistas, gobernantes y letrados, y entonar un himno loor de las pasadas glorias, no para que sean mero sueño ilusorio y vanidoso recuerdo estéril sin para que sea un compromiso nuevo y un estímulo de la hora presente, porque las grandezas de antaño son siempre fundamento para las excelsas conquistas y los valerosos empeños de hoy y de mañana. Afianzados en esta tradición, rica en valores de orden religioso y social, venimos estos días a celebrar la Eucaristía que es vínculo de amor, a escrutar francamente el diálogo fraterno, los signos de los tiempos, para adaptar sus necesidades y reclamos, nuestro pensamiento y nuestra acción, a proclamar el amor a Dios nuestro Padre y el amor a nuestros hermanos, comprometiéndonos en actividad de servicio y ayudarlos y libertarlos de las eclavitudes: El pecado, la ingorancia, la miseria, para que gocen de la plena dignidad y libertad de hijos de Dios. En esta Asamblea inaugural, yo, el más humilde, quiero en mi calidad de administrador apostólico de Bogotá, expresaros fervorosamente mi agradecimiento y saludo de Bogotá y Colombia. Ante todo a la misión pontificia encabezada por Vos eminentísimo señor cardenal Lercaro, Legado "a latere", que venís en nombre y representación del Sumo Pontífice a presidir con singular autoridad y merecido prestigio, este Trigésimonono Congreso Eucarístico Internacional. A él aportaréis vuestra voz de maestro y vuestra caridad de apóstol. Vuestra vida egregia que va acercándose a cimas cumplidas, enaltecida con los más grandes atributos del espíritu, se ha consumido íntegramente en el servicio del pueblo de Dios.

La riqueza de vuestra devoción y de vuestra doctrína eucarística y el ejemplo clarísimo de vuestro ministerio sacerdotal y pastoral, ejercido con fidelidad a las veneradas tradiciones de la Iglesia y a las perentorias exigencias de los nuevos tiempos, nos darán luz y valor en las grandes jornadas que hemos de vivir en torno a la realidad adorable del misterio eucarístico. Vuestra presencia entre nosotros es otro don precioso que debemos agradecer a Vos y a la suma bondad del Padre Santo. La misma similitud de los rasgos que configuran vuestra personalidad con los del Papa Pablo VI, tornan más grata y amable la presidencia del Congreso que hoy asumiréis; la firmeza de vuestra doctrina, el valor para afrontar las nuevas situaciones del mundo contemporáneo, el amor iluminado a Cristo y a su Iglesia, los esfuerzos por la renovación litúrgica y el respeto a la dignidad del hombre os aproximan a la novilísima y atrayente figura de Pablo VI que hoy dirige con aplauso universal los destinos de la grey cristiana. Doy mi fraternal abrazo a los señores cardenales, arzobispos y obispos, que han venido a solemnizar este magno Congreso trayéndonos mensajes de fe y de esperanza desde todas las regiones del mundo: De Europa que con sus misioneros, doctores y santos nos dio la semilla bendita del cristianismo y de la cultura de occidente y se esforzó porque arraigase en nuestro suelo y produjese abundosa cosecha; de Asia, de Africa y de Oceanía en donde la fe católica se desarrolla y expande en medio de sacrificios que son anunciadores de éxitos futuros; de Norteamérica que ve crecer un catolicismo pujante, rico en contenido social y en espíritu comunitario y de Latinoamérica tan cercana a nosotros por los vínculos históricos de sangre y de cultura, de origen y de destinos comunes, tan unida a nosotros en este combate del momento presente, América que se congrega para revisar las estructuras y analizar los problemas, buscándoles las soluciones adecuadas dentro de las líneas trazadas por el magisterio de la Iglesia.

Saludo cordialmente a los sacerdotes, religiosos y seglares que han acudido a nuestra llamamiento desde lejanos países a avivar su fe y a estrechar los vínculos de caridad que emanan de la Eucaristía. Al saludar con fervor patriótico a todos los colombianos, quiero darles mi testimonio particular de gratitud. A los miembros del gobierno de nuestra patria y principalmente al señor Presidente de la República y al Alcalde Mayor de Bogotá que con espíritu cristiano y sentido cívico admirables contribuyeron a darle al Congreso prestigio y esplendor; a los miembros de las comisiones y comités ejecutivos del Congreso que en armoniosa inteligencia y voluntad tesonera han realizado

esta obra tan difícil, pero tan cargada de esperanzas para el futuro. A todas las personas que de uno u otro modo han cooperado a esta hora, a este acontecimiento que ciertamente señalará una nueva época en el desarrollo de nuestra historia.

Esta primera reunión de todo el pueblo de Dios, es presagio de días luminosos. Así lo hemos pedido en nuestra permanente oración, días que han de significar para nuestro mundo desconcertado y caótico, un vivo despertar de la conciencia cristiana comprometida en empresas de amor y de solidaridad, de desarrollo y de progreso. El egoísmo solo deja un rastro de espuma, acaso una estela de sangre y de odio, de violencia y de injusticia. Mas por donde pasa la caridad cristiana, perdura para siempre la huella de su fecundidad creadora. Que la Divina Eucaristía, vínculo de amor, signo de unidad y sacramento de piedad, irradie sobre todos nosotros y sobre los ausentes y los que nos acompañan en espíritu y a través de la radio y la televisión, luces de esperanza y de confraternidad, de justicia, de paz, de libertad.

DISCURSO DEL ADMINISTRADOR APOSTOLICO EN EL ENCUENTRO DE TEOLOGIA

(Agosto 19)

En esta comunidad de Iglesias qu es la única Iglesia Católica esparcida por toda la tierra, la Iglesia de Dios que peregrina en Bogotá se siente hoy estremecer de gozo, al saludar a Obispos, presbíteros y laicos que le traen con su presencia un gran testimonio: la misma fe, animada por el mismo Espíritu, vive en todas las comunidades del orbe.

Nos viene a la memoria el texto inmortal de San Ireneo: "Aunque la Iglesia esté extendida por el mundo entero, guarda la fe cuidadosamente, como si habitase una sola casa... y en tan perfecta consonancia la predica que parece no tener más que una sola boca" (1).

Es la primera vez que en esta Iglesia de Bogotá tiene lugar una reunión de teólogos de la altura y de la significación de la presente. Por ello, después de proclamar el gozo de la unidad en la fe y en la caridad, todo el Pueblo de Dios quiere saludaros por mi persona, obedeciendo a un imperativo que Francisco de Asís expresaba así en su Testamento: "a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas y divinas palabras debemos honrar y reverenciar como a quienes nos administran espíritu y vida". Es decir, que los humildes y sencillos del Pueblo de Dios, en cuyo nombre quiero saludaros, tienen ante los ojos como "sus señores", no a cualesquiera escudriñadores curiosos de la teología, sino a aquellos que nos administran "espíritu y vida".

Saludamos, pues, a los distinguidos representantes de la teología que Pablo VI describe como "no menos pastoral que científica, estrechamente en contacto con las fuentes patrísticas y litúrgicas y, sobre todo con las fuentes bíblicas, que tiene siempre en grande estima el magisterio de la Iglesia... y se mantiene abierta a la humanidad viviendo en la historia y en la realidad presente" (2).

Y estoy seguro de que representáis en verdad esta teología y sois antena auténtica para captar e instrumentos conscientes para estudiar lo que el Pueblo en esta hora del mundo y de América, ofrece y espera al mismo tiempo.

La Constitución Lumen Gentium describe así el sentido de la fe en el Pueblo cristiano: "El Pueblo Santo de Dios participa también en la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y de caridad... la totalidad de los fieles que tienen la unción del Santo no puede equivocarse cuando cree ... Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el Pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente a la fe confiada una vez para siempre a los santos, penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el Sagrado magisterio..." (L. G. n. 12).

El creyente sabe que el depósito de la fe no pertenece a un individuo. ni a un grupo; siquiera sea éste el de los grandes teólogos.

Dios no se revela individualmente a cada uno, sino que ha hecho una revelación colectiva y única, destinada a todos, a través de un organismo social público (3). Exigencia es ésta de su divino designio de salvarnos, formando con todos un solo Pueblo, comunidad de fe, de culto y de amor.

El Espíritu Santo, inhabitando en la Iglesia, es quien la hace indefectible. De El recibe el Pueblo de Dios, como propio y no solo efecto de su adhesión al Magisterio, esta indefectibilidad en la adhesión a la fe.

Además, como proclama gozosamente san Ireneo, el Espíritu hinche de juventud la Iglesia y la renueva constantemente, de modo que, fiel a este don y a su propia vocación, pueda en cada tiempo ser luz de las Gentes.

Por ello el verdadero creyente sabe que la fe no puede recibirse y comprenderse sino en la comunión con toda la Iglesia. No se siente caminante solitario cuando anda a escrutar el mensaje de la salvación para descubrir sus riquezas. Nunca se cierra en torre de cristal ausente de los sencillos y de los humildes.

Por estar sumergido en esta comunión viva con el Pueblo de Dios y el Magisterio. este auténtico creyente puede ser testigo de la comunicación del don del Espíritu Santo a los humildes. Dios revela a los humildes lo que queda encubierto a los sabios y prudentes (cfr. Luc. 10, 20). Los mejores cristianos, escribe el P. De Lubac, los que tienen una vida más pujante, no se encuentran necesariamente, ni aún ordinariamente, entre los sabios o entre los hábiles... su vida está oculta a los ojos del mundo y, si llegan a conseguir cierta notoriedad, esto no sucede sino por excepción... Y, sin embargo, ellos son los que contribuyen más que todos los demás a que esta tierra no sea un infierno" (4).

Estas reflexiones se apoyan en la consideración de que la fe no es solo posesión sino también búsqueda. "El creyente, dice Pablo VI, es un peregrino que avanza por el buen camino hacia Dios" (5). El pueblo de Dios es la asamblea en la que la palabra de Dios reposa e interpela a la Humanidad (6).

Como fruto "de la misma contemplación de los fieles que conservan en su corazón todas estas cosas (Cfr. Luc. 2, 19, 51), no menos que merced al magisterio de los sucesores de los apóstoles crece y se desarrolla la comprensión del contenido de la tradición" (7) y se hacen patentes nuevas incidencias de la fe sobre las realidades temporales, en las circunstancias históricas.

Quizás muchos fieles no llegan a la reflexión sobre si su fe se adapta al mundo presente, pero, viviéndola como una totalidad, como una respuesta a Dios que interesa toda su persona y todas sus dimensiones sociales entran en realidad en diálogo permanente con la vida y con la historia, preguntando y

respondiendo, anunciando su fe y escuchando. Así saben que trabajando por realizar los designios de Dios descubren para el hombre los más bellos horizontes.

Por esto, misión del teólogo será no solo ahondar en el contenido del mensaje cristiano y llevar el resultado de sus investigaciones a la comunidad, sino además, como recuerda Pablo VI, penetrar en la vida misma del Pueblo de Dios, recoger la fe vivida en la comunidad cristiana, sus acentos y sus problemas.

Corresponde al teólogo analizar sistemáticamente estos datos y confrontarlos con el mensaje revelado, comprobar la validez de las nuevas expresiones de la verdad o de los caminos que se ofrecen a la caridad e investigar en su búsqueda, cuando aún no aparecen con claridad.

La teología presta así un invaluable servicio de meditación entre el Pueblo y el Magisterio. Sin este servicio, reconoce el mismo Papa, el Magisterio podría guardar el depósito, pero no renovar adecuadamente su proposición, a fin de que sea luminosa y eficaz en orden al mundo actual (8). Actualidad de ada tiempo.

Corresponde al Magisterio dar validez para toda la comunidad y proponer útilmente al pueblo las nuevas luces. De nuevo el teólogo tiene aquí oportunidad de un magnífico servicio: explicar y comunicar a los fieles la doctrina propuesta, en la que el Pueblo de Dios no habrá de reconocer nada ajeno a los que el Espíritu de Dios estaba animando en sus entrañas.

Con cuanta confianza reconocemos vuestra teología como teología de comunión y de servicio.

Por esto, si bien es verdad, como dice Karl Rahner, que la Iglesia no se elabora en la retorta de la teología (9), sino sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, sin embargo los Pastores y el Pueblo nos volvemos confiadamente hacia vosotros en quienees reconocemos colaboradores admirables, enriquecidos no raras veces con los carismas del Espíritu.

Pero esperamos que comprendáis que esta hora no es solo la oportunidad de un servicio generoso. Es también hora de riqueza nueva. En contacto con los problemas y las realidades de un continente febrilmente activo por alcanzar su mayor edad dentro del concierto universal de los pueblos, pero consiente de que se incorpora con la fuerza de su fe y con sus muchas y grandes realidades pastorales en la intercomunicación de las Iglesias, vosotros podéis enriquecer vuestra teología y quizás abrir una nueva época para ella en la Iglesia posconciliar.

El Cardenal Cicognani, en su carta a la Semana Social de Francia recuerda la vieja verdad de que la teología se renueva en el diálogo con el mundo. Este diálogo se realiza con especial riqueza, cuando a través de la experiencia del mismo pueblo cristiano se buscan las corrientes subterráneas que se presiente van a aflorar en la historia y se buscan las respuestas y las luces que han de iluminar la vocación y la actividad del hombre y lo han de preparar para nuevos encuentros con Dios y con su Verbo.

No creemos que las presentes circunstancias y las realidades que vivimos en este Continente sean menos ricas en este sentido que otras oportunidades del pasado.

Sabéis cuál es nuestro momento histórico. América vive la hora del desarrollo. Una hora que se ilumina con nuevas luces sobre la sublime vocación del hombre, sobre la fraternidad humana y sobre la legítima autonomía

en lo temporal.

Aquella exclamación de Pablo VI, cerrando una descripción del encuentro conciliar Iglesia-Humanidad: "nosotros también y más que nadie somos promotores del hombre" (10), tiene entre nosotros matices propios, y exigencias propias de una hora, que a veces toma caracteres de desafío al cristianismo.

La visión de la Iglesia pobre y servidora requiere aquí especial hondura evangélica, sin mixtificaciones. Debemos, por una parte iluminar la vocación del hombre y respetar con todas sus exigencias la autonomía legítima de la sociedad temporal y, por otra, nuestro diálogo con ella debe ser tan eficaz y sincero como lo pide la hora presente.

Me complace cerrar estas palabras, invitando con el P. Congar a los teólogos a realizar la tarea sin falsas ilusiones sobre las dificutades, pero con serenidad, en plena comunión con la Iglesia, Pueblo creyente guiado por sus pastores (11).

Habréis de permitirme, antes de terminar, expresar la pregunta que flota en el actual ambiente, no siempre con justicia: tiene este pueblo nuestro al que amamos una vivencia cristiana que merezca interés?

Respondo invitandoos a conocerlo seriamente con respeto, con sinceridad, con amor, como los que os ofrecemos.

No es fácil para quien no haya nacido en estas tierras descubrir más allá de ciertas apariencias que puedan acompañar nuestra realidad socio-cultural, las riquezas espirituales, que quienes han vivido en medio del pueblo —pudiera hablar de mi propia experiencia— han podido descubrir y venerar.

Me limito a un hecho: la campaña de evangelización con que se ha querido preparar este Congreso Eucarístico en Colombia. No voy a recordar los centenares de seglares que han tomado parte como conferencistas y como catequistas en los muchos cursillos organizados en todo el país. Os ofrecerá como motivo de reflexión solamente "las asambleas familiares". Solo en Bogotá siete mil con un promedio superior a las veinte personas. Y han sido veinte sesiones de reflexión.

Existen muchas deficiencias. No nos duele reconocerlas, pero debemos admitir que el pueblo ha respondido en forma admirable. A través de las asamblea muchos millares de fieles han vivido lo que quiere decir comunidad de fe y han presentido la hondura de una comunidad litúrgica que parte de la vida y vuelve a ella plena de amor. Nos han planteado serios interrogantes sobre cómo puede hacerce que estas realidades vividas puedan orientar con eficacia la conversión comunitaria de un Continente que se gloría de ser cristiano y sobre cómo pueden también ser tenida en cuenta para una nueva visión de nuestra pastoral.

El tema de la comunidad ha sido el tema central del CEI. Siendo complacencia decir que estoy seguro de que cuando el Santo Padre llegue a Bogotá, iglesia estacional por este año, en el peregrinar del Supremo Pastor, muchos millares de cristianos sabrán prestar inteligente atención a sus palabras y sabrán, cuando llegue la hora de proclamar en torno a él el mismo credo, glosar en su alma, al tiempo de pronunciar la palabra Padre y anunciar la redención por el Hijo y la comunión de los santos, el credo esperanzador de la fraternidad cristiana.

La presencia del Eminentísimo Señor Cardenal Legado Papal para esta inauguración es el signo de fidelidad dinámico a la doctrina de la Iglesia.

Muchas gracias, Eminentísimo Señor, porque ahora servís de ministro para recibir los más profundos sentimientos de inconmovible adhesión al Santo Padre, que os entrego para El, "principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de fe y comunión" (12), en nombre propio, del clero amado y de la comunidad diocesana y colombiana.

Gracias a Vos Eminentísimo Señor Cardenal Conway porque os habéis dignado presidir este encuentro, que enciende en nosotros la llama de grandes esperanzas.

Gracias a los muy esclarecidos miembros de la Comisión Teológica del CEI, que con sacrificio y paciente y segura colaboración han hecho posible este encuentro.

Gracias a todos por vuestra presencia. Gracias por las luces y orientaciones que nos llegarán por vosotros. Gracias. Os saluda por mi medio todo el pueblo cristiano de Colombia y sus Pastores.

Bogotá, agosto 19 de 1968.

(1) IRENEO, Adversos Haereses, 1, 1º, 2. — (2) Carta al Congreso sobre la Teología del Vaticano II (texto en L'Osservatore Romano 26-IX-1966). — (3) Cfr. H. FRIES, Conceptos fundamentales de la Teología, ed. Cristiandad, Madrid, vol. 4, p. 235. — (4) DE LUBAC, Meditación sobre la Iglesia (versión española) p. 291. — (5) Pablo VI, texto italiano en Osservatore Romano del 11, VII, 1968. — (6) BOVIS, Le peuple de Dieu et sa Mission Prophetique, en "La Vie Spirituelle 49" (1967) p. 282. — (7) Constit. **Dei Verbum**, n. 8. — (8) Alocución al Congreso Internacional sobre la Teología del Vaticano II. Oss. Rom. 2-X-1966. — (9) K. RAHNER Stimmen der Zeit 178 (1966) 404-420, condensado en Selecciones de Teología 6 (1967) p. 429. — (10) Alocución pronunciada en la Basílica Vaticana el 7 de diciembre de 1965. CONCILIO VATICANO II, CONSTITUCIONES... ed. BAC 4ª ed. p. 1080. — (11) Y CONGAR au seuil de l'année de la foi, en "Le Séminaire" 32 (1967) p. 171. — (12) Const. Dogmática L. G. n. 18.

PALABRAS DEL ADMINISTRADOR APOSTOLICO EN EL ACTO ECUMENICO

Amados hermanos:

Asistimos hoy a este encuentro religioso, memorable y lleno de promesas, unidos por la caridad de Dios difundida en nuestros corazones, para escuchar la Palabra divina y elevar nuestra oración común al Padre, de Quien desciende todo don perfecto y toda dádiva preciosa.

Lo primero que ha de subir a nuestros labios desde el fondo del alma, es la oración del Señor: "Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mi y yo en Ti, para que también ellos estén en nosotros y el mundo crea que Tú me has enviado".

El Misterio que celebramos en esta semana del Congreso Eucarístico Internacional, es un misterio de unificación, de unidad mística y humana. Misterio, justamente llamado comunión, que nos pone en inefable comunicación con Cristo y mediante El en sociedad con Dios y en sociedad con los hermanos, que aunque unidos a nosotros por la fe que unifica los espíritus y por la caridad que nos configura en un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo.

Muchas cosas nos unen. La escuela del amor superior de los unos para

con los otros y la profesión de la estima recíproca; la alianza en la colaboración leal para el servicio más eficaz y más universal del Pueblo de Dios; la razón de la sabia tolerancia; el precepto evangélico del perdón mutuo; la fuente del gozo y del dolor por las alegrías y desventuras de nuestros hermanos; el consuelo de la verdadera amistad que se alegra en la comunicación de mutuos bienes; la defensa del respeto y veneración a la dignidad de la persona humana, hoy tan comprometida por todas las dictaduras inspiradas en el materialismo esclavizante; el empeño de procurar el desarrollo integral del hombre de nuestro continente; y la armonía de los espíritus libres y dóciles al llamado del Espíritu de Dios.

Es este un momento de plenitud en el acontecer histórico de nuestra comunidad latinoamericana. Es este el día que el Señor ha señalado para acoger el gran mensaje de fe y de esperanza, y para proyectar sobre nuestro mundo una luz confortante y benéfica. Es un nuevo paso —quizás el de mayor trascendencia en nuestra sociedad cristiana de Latinoamérica— en el camino misterioso, iluminado por el Espíritu Santo, hacia la unidad cristiana, a la cual debemos tender y marchar con una fidelidad cada vez más exigente y pura a nuestro Maestro Cristo, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida.

Este acto ecuménico es signo de la presencia del Espíritu Santo que nos cobija con su gracia y con su amor. Puede haber un programa más grande, más sencillo, más evangélico y a la vez más renovador de nuestra vida cristiana que el del amor fraterno, supremo mandato de Cristo y señal distintiva a los ojos del mundo de nuestra calidad de discípulos suyos? En esto conocerán todos que sois mis discípulos, que os améis unos a otros".

Por eso digo a todos los aquí presentes y a cuantos llegue el eco de nuestra celebración, las palabras del Apóstol Pedro: "Complaceos en ser hermanos" (I Pedro, 2. 17).

Con estos sentimientos de caridad en el corazón, saludo a todos los que han venido a este encuentro cristiano. Al señor Obispo de rito oriental, tan rico en espiritualidad, en formas litúrgicas y en tradición patrística. Al señor Obispo luterano de Baviera, doctor Dietzfelbinger que ha venido a participar con solicitud generosa en nuestros anhelos y esperanzas. Al Padre Stefen, Delegado de la Iglesia Ortodoxa para la América Latina. El señor Luis Correa, de la Iglesia Menonita, al señor Antonio Lara, de la Iglesia Luterana y al Padre Samuel Pinzón, de la Iglesia Episcopal Anglicana. Salud y bienvenida, paz y bien a todos los cristianos que nos rodean y que con su presencia contribuyen a dar universalidad y esplendor al Congreso Eucarístico Internacional.

Gracias por haber aceptado nuestra invitación; gracias por haber venido a participar en esta Liturgia de la Palabra y de la Oración en común; gracias por vuestra colaboración en el éxito de esta solemne asamblea que con toda verdad lleva el nombre de ecuménica.

Me parece singularmente grato y de gran oportunidad evocar aquí la figura bondadosa del Papa Juan XXIII qeu abrió su corazón y su inteligencia, con sin igual generosidad, a la cruzada de la unidad cristiana. Su nombre quedará para siempre esculpido en los anales del cristianismo, porque nos enseñó con su palabra y con su ejemplo a tender los brazos a los hermanos separados, y a éstos les mostró el camino abierto que conduce a la casa paterna.

Al lado del Papa Juan, miramos también con gratitud y con amor a Su Santidad Pablo VI —aquí representado en forma dignísima por el Señor Car-

denal Lercaro, su Legado a latere —quien vendrá a presidir dentro de poco, personalmente, esta asamblea eclesial. Sus palabras y sus gestos, sus viajes y encuentros, nos servirán siempre de guía y enseñanza en la concepción y en la práctica del ecumenismo cristiano. "No hay ecumenismo verdadero y eficaz —nos ha enseñado el Sumo Pontífice —sin una renovación espiritual y moral de aquellos que se interesan por el movimiento de la unidad de los cristianos. Bajo este aspecto también el ecumenismo se presenta como como un problema de fidelidad a la vocación cristiana de hijos de Dios".

Para terminar este saludo inicial, hago mías, y anhelo que también sean vuestras, esta advertencia y esta plegaria del Papa:

"Todos somos algo sordos y un poco mudos. Que el Señor nos haga oír las voces de la historia, la voz de las almas y su propia voz, cuyo eco es el Evangelio. El de ser nuestra ley y nuestra fuerza, porque es la PALABRA DE DIOS".

Bogotá, agosto 19 de 1968.

APARTES DEL DISCURSO DEL CARDENAL LERCARO EN EL DIA DE LOS SACRAMENTOS

(Agosto 20)

El programa de este solemne Congreso Eucarístico nos invita hoy a meditar sobre estas verdades santísimas a cuya comprensión profunda está íntimamente unida la vitalidad, la fecundidad y antes que nada la autenticidad de nuestro nombre cristiano.

En el bautismo en efecto, consepultados con Cristo en antidorito de inmersión en la gran piscina representaba bien aun en el signo externo, una sepultura, hemos muerto con él. La gracia del misterio Pascual del Señor ha superado y borrado en nosotros el pecado, nos ha sustraído a la esclavitud del demonio para volvernos a acercar a Dios y ha muerto así en nosotros lo que era herencia de Adán, el hombre viejo, como lo llama San Pablo, mientras que el espíritu del Señor ha hecho de nuestro mismo cuerpo un templo, iluminando con la certeza de la fe nuestra mente, según que se iba abriendo al conocimiento y comunicando a nuestro corazón el calor de la caridad de Cristo y la perspectiva de una esperanza que va más allá de los horizontes de la vida. Así en nosotros, la criatura nueva salida de las fuentes bautismales, vivía de la gracia, vida divina de la que participamos por Cristo y por misma eterna. Con esta participación de la vida divina nosotros podemos llamarnos y realmente somos hijos de Dios, adoptivos así, pero con una adopción que no se limita a vínculos jurídicos exteriores como sucede en la adopción humana, puesto que la gracia pone en nosotros un germen real, divino, el germen de Dios en nosotros dice San Juan, y nos hace, según la palabra de San Pedro, partícipes de la naturaleza divina.

Más adelante, Su Eminencia el Cardenal Lercaro, dijo:

Verdaderamente hermanos en la celebración de la Eucaristía, es donde la Iglesia Santa se expresa y se realiza asimisma como nunca. La familia del Señor en torno al altar, sobre el cual el Cordero Inmolado y viviente es víctima y alimento, es la imagen y prenda de la realidad del cielo en donde la unión es perfecta y el amor sin sombras.

Por eso en este Congreso nosotros miramos a la Eucaristía como al signo y al vínculo de la perfecta comunión fraterna.

Luego dice que mientras sobre la faz del globo, dos tercios de la humanidad sufren hambre, mueren de inanición, la tierra ofrece mediante los industriosos recursos del trabajo productivo, inmensos tesoros que el egoísmo ávido y la ambición de los hombres convierten muy a menudo en instrumentos de ruina y de muerte. Sostén de la comunidad cristiana es la Eucaristía y no hay educación de espíritu comunitario sino venida de la Eucaristía, ha dicho el Concilio.

Sintamos pues para nosotros y para la comunidad cristiana, la importancia vital insustituíble como insustituíble la raíz para el árbol, de la misa vital y conscientemente participada, no como formalidad, ni tampoco como obligación que se lleva como una carga por tradición o por otros motivos, sino como necesidad de la vida espiritual y de comunión fraterna. Y sintamos también el imprescindible deber de la cristiandad de testimoniar ante el mundo con el vivo, práctico y vital sentido de fraternidad, con la apertura a un espíritu vibrante de justicia y de amor hacia todos, la eficacia sobrenatural de la Eucaristía.

DISCURSO DEL PRESIDENTE LLERAS AL IMPONER LA CRUZ DE BOYACA AL CARDENAL LERCARO

Eminentísimo Señor Cardenal Legado:

Tiene esta ciudad de Bogotá la honra de que en ella se esté celebrando el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional. Mañana recibirá con júbilo y honda emoción a Su Santidad Pablo VI y el sello de grandeza moral que dará su presencia a aquel acto quedará impreso indeleblemente en los anales del cristianismo latinoamericano y en el alma de nuestro pueblo agradecido.

Quiso el Pontífice que Vuestra Eminencia lo precediera como su Legado, y tal escogimiento tiene un significado que quiero destacar esta noche. Fue Vuestra Eminencia, como moderador del Concilio Vaticano, una de las figuras más destacadas en esa magna asamblea, y vuestro nombre está unido a lo que ella significa en la historia de nuestra religión, es decir, el más arduo y generoso de los esfuerzos para identificar las características de la sociedad contemporánea, de sus problemas y de la relación entre estos, la doctrina católica y la actividad pastoral. No podrá olvidarse nunca lo que fue ese foro de tolerancia y de sabiduría. Allí, en un maravilloso ambiente de libertad, pastores llegados de todas las latitudes, íntimos conocedores de las costumbres, de los conflictos, de los pesares y de las esperanzas de los hombres, buscaron los medios de aproximar aún más la Iglesia de Cristo a la humanidad de la cual es guía, apoyo y consolación. Labor inmensa y compleja que abarcó los más variados campos: la liturgia; la teología; la evolución de las costumbres; los avances de la ciencia; el examen de los sentimientos imperantes; la confrontación del mundo actual, vertiginosamente cambiante, con

los principios eternos y con las enseñanzas siempre vivas del sagrado Evangelio. Ningún congreso de hombres hizo jamás nada semejante, ni por la vastedad de los temas, ni por la claridad de espíritu y la amorosa intención. Cómo servir mejor a los hombres, en su vida cotidiana y en su marcha hacia la vida eterna; cómo comprenderlos mejor e identificarse más con ellos; cómo disipar sus dudas; cómo encauzar sus esfuerzos, cómo aproximarlos más, en la fraternidad cristiana, a la fe verdadera, pura y libre de todo lo artificioso y superfluo; cómo hacer de la justicia en las relaciones humanas un principio más militante; cómo enseñar la búsqueda del bienestar terrenal, del desarrollo económico, del avance cultural y científico sin que la satisfacción o la soberbia hagan olvidar que estamos únicamente de paso sobre la tierra, y, por otra parte, que el desarrollo integral de la persona humana no es solo compatible con la convicción de que nos aguarda una vida inmortal sino que es propio de la dignidad de la especie y del destino que el Creador supremo le señaló desde el comienzo de los siglos; todo eso formó el vasto campo que cubrieron las deliberaciones del Concilio Vaticano donde Vuestra Eminencia, con su superior tacto y sabiduría, jugó insigne papel.

Ese antecedente bastaría por sí solo para explicar la gratitud con que Colombia recibió la designación como legado ante el Congreso Eucarístico, que de Vuestra Eminencia hizo Su Santidad Pablo VI. Pero, además, provocó nuestra admiración y nuestro afecto la prolongada tarea pastoral que, primero como simple sacerdote a partir de 1914, y luego al frente de las diócesis de Ravena y Bolonia, ha cumplido Vuestra Eminencia y que prolonga desde 1953, ya consagrado como cardenal por el Pontífice Pío XII, bajo la hermosa divisa de "Mater mea fiducia mea".

Los profundos estudios bíblicos y la dedicación a la sagrada liturgia, que se vio tan felizmente coronada en la Constitución que el concilio confió a vuestra sapiente dirección, en nada aminoraron vuestra acción pastoral, en la cual la educación y la guía de las juventudes ha ocupado tan destacado lugar. Es característico de Vuestra Eminencia un hondo sentimiento de verdadero amor y solidaridad hacia las comunidades con las cuales os habéis confundido principalmente con aquella parte de ellas más desamparada, más carente de los medios y condiciones necesarios para llevar una vida acorde con la dignidad esencial del hombre. Vuestra Eminencia ve las angustias y las esperanzas del pueblo, no como simple testigo, sino como parte de la comunidad, como ser que marcha con ella, interpretando o, mejor dicho, viviendo así las enseñanzas del concilio, cuyo espíritu ya animaba toda vuestra vida y vuestra actividad pastoral, rica en desprendimiento, en consagración y también en la cristiana alegría con que sobrelleváis la tarea que os confió la Providencia. Al escuchar vuestras palabras, el mensaje de paz, amor y justicia, que cayó de vuestros labios sobre la multitud en el campo del sagrado Congreso Eucarístico, hermoso en su simplicidad y en su invitación a necesarios sacrificios, que darán la paz terrenal y la paz del alma a quienes los realicen, no pude menos de pensar de qué manera tan natural habéis seguido y nos invitáis a seguir el consejo que Su Santidad Pablo VI dio, durante uno de sus diálogos con Jean Guitton, a toda la humanidad que camina hacia el destino final que le señaló su Creador:

"Sencillo como un niño, sube la cuesta".

Habéis pronunciado palabras que yo creo que gran parte de la comunidad colombiana está preparada para escuchar y entender, y que sin duda, golpearán con suave insistencia el corazón de quienes todavía no sienten honda y constantemente el vínculo necesario entre la adhesión a una religión de bondad y la cotidiana conducta con su prójimo. Porque el eslabón que es necesario hacer cada día más fuerte entre la compleja acción del desarrollo y la conducta individual, radica en la decisión de juzgar los necesarios cambios de las estructuras sociales, no solo como un problema técnico o político sino como una norma de conducta que debe fluír naturalmente de la comprensión del Evangelio, del verdadero espíritu de la Iglesia, que en este campo hay que compartir sin reservas.

El cambio social no es ni puede ser una fría operación de tecnócratas y dudo mucho de que pudiéramos llevarlo a feliz término si así lo concibiéramos. Es necesario que lo anime un espíritu de bondad, de amor, de justicia. Arriba y abajo; entre los que poco o nada poseen y entre los que poseen más de lo necesario y deben servir con ese sobrante a la formación entera de la comunidad, recordando la sabia frase de la encíclica sobre que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz.

Recordó Vuestra Eminencia para condenarla una vez más la egoísta frase de Caín: "Acaso soy yo el guarda de mi hermano?". Sí; todos somos los guardas de nuestros hermanos, y quienes tenemos la responsabilidad del gobierno de nuestros pueblos así debemos sentirlo. Se nos ha confiado la guarda de nuestros hermanos y éstos son ante todo los desposeídos, los que aislados, marginados de los sectores sociales más prósperos, no podrían avanzar solos. Debemos cumplir nuestro deber de protegerlos y apersonarlos en la complicada evolución hacia las formas de una sociedad próspera, más justa e igualitaria. Cómo conforta nuestro ánimo, cuando en esa tarea surgen los obstáculos que levantan el egoísmo y los intereses creados, el saber que estamos aplicando, aunque muchas veces cometamos los errores y torpezas propios de la humana condición, el espíritu y las enseñanzas de la Iglesia; cómo nos anima el sincero convencimiento de que transitamos una ruta iluminada por el Evangelio, donde la tibia ternura que emana de las palabras de Cristo y quienes lo representan en la tierra ayuda a disolver el hielo de los egoísmos y donde el soplo de los furores de la vindicta y las celéricas reivindicaciones.

Vuestra Eminencia, Señor Cardenal Legado, ha venido a un país que quiere firme y sinceramente realizar la justicia. Tropezamos con obstáculos materiales no menos que con ciertos prejuicios y egoísmos y con limitaciones técnicas y de recursos. Nuestra tarea de transformación no es por ello fácil; pero estoy seguro de que la hará más ligera el espíritu que este Congreso Eucarístico va a extender en todas las capas de nuestro pueblo; ese espíritu fraternal, esa sensación de hermandad y de igualdad de todas las razas y los hombres que tanto contribuye a poner de presente la presencia en estas tierras de prelados y peregrinos procedentes de todas las latitudes. Ahora aguardamos, con fervor y con amor inexpresables, la llegada del Romano Pontífice. Vuestra Eminencia lo ha precedido, pero ya presentimos lo que se podría expresar con la voz de Isaías: "Preparad el camino del Señor - Enderezad sus senderos".

La palabra de Su Santidad arrojará luz sobre una sociedad afligida por inmensos problemas; recordará a muchos que "saben distinguir la cara del cielo pero no pueden distinguir los signos de los tiempos" y a todos nos orien-

tará por los caminos de la verdad.

A "distinguir los signos de los tiempos" ha contribuído muchas veces la voz de los concilios y de los Pontífices. Pero quizá no es exagerado decir que pocas veces esa contribución ha sido tan grande como la que han prestado las encíclicas de los dos últimos pontífices y las Constituciones del Concilio Vaticano.

Su Santidad Pablo VI ha conferido un honor más a Colombia al designaros como su Legado y, siguiendo el consejo divino, expresado en el Evangelio de San Marcos habéis hablado "lo que se ofrece en esta hora". Oímos vuestra palabra con veneración y respeto y con el íntimo convencimiento de que ella expresa la justicia y la bondad. Recibid a nombre del pueblo y del gobierno de Colombia el más respetuoso homenaje, por lo que sois y significáis, y porque habéis venido como heraldo dignísimo del augusto Pontífice.

Eminentísimo señor Cardenal Legado: algunas veces en mi larga vida pública he abrigado la pretensión, quizá casi siempre equivocada, de que mis conceptos interpretaban bien el sentimiento del pueblo colombiano. Pero hoy no tengo ninguna duda de que lo estoy interpretando cabalmente al rendiros un tributo de veneración como legado de Su Santidad y al deciros con qué afecto profundo espera la nación colombiana la llegada del Pontífice, del Padre en quien el mundo todo ve su suprema guía y el portaestandarte de su esperanza.

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL CARDENAL LERCARO

"Los elogios que tan amablemente Vuestra Excelencia ha querido hacer de mi humilde obra, desempeñada al servicio de la Iglesia de Dios durante el ya largo curso de mis días, conmueve mi corazón y despierta en mí profundos sentimientos de gratitud; ellos serán aliciente eficaz para empeñar con mayor generosidad a bien de mis hermanos las pocas energías que aún me quedan.

"Permitid que, en el clima del Congreso Eucarístico, que afortunadamente me ha procurado el honor y la dicha de ser en estos días huésped de la Nación Colombiana, yo os exprese los sentimientos que suscita en mí este encuentro alrededor de vuestra mesa para condividir el pan después de una jornada de trabajo.

"Una jornada que como las anteriores me han puesto en contacto con el pueblo colombiano, con gente de todas las edades y situaciones, a pesar de que obvias necesidades imponen la renuncia de un acercamiento más estrecho e intenso... La impresión tenida desde el primer momento y luego siempre confirmada, fue la de gente sana, abierta, de rostros sonrientes y serenos; he visto numerosísimos jóvenes aglomerados y aplaudientes al margen de las calles, su entusiasmo genuino y confiado ha llegado hasta mi alma... Yo sabía que Colombia esconde en sus entrañas oro, plata, esmeraldas; que es rica de recursos naturales, pero no me equivoco si digo que riquezas incomparablemente mayores son su juventud llena de entusiasmo y aspiraciones y los sentimientos arraigados de fe, honestidad y probidad de su gente...

"Señor presidente, oso decir que este país posee los recursos y fuerzas indispensables para lanzarse en un empeñado y constructivo progreso de desarrollo cultural, económico y social, y sería un desacierto perder preciosas energías en protestas cuyo único e inevitable resultado será el abrirse de nuevas y más profundas trincheras entre hermanos.

"El servicio que la Providencia, ha confiado, señor presidente, a vuestra alta sensibilidad, y a cuantos comparten con vuestra Excelencia las responsabilidades de gobierno, es verdaderamente exaltante: y es grato para mí pensar que, en este momento histórico, el Congreso Eucarístico haya contribuído a revelar con gran luminosidad su grandeza y sus maravillosas y fecundas posibilidades.

"Permitid por lo tanto, Excelentísimo señor Presidente, os haga el augurio vivísimo de que podáis, al finalizar, no digo de una jornada más de operosos años de noble e intenso trabajo, ver la gente colombiana, pueblo del futuro, en un clima de libertad, de justicia, de fraternidad y de paz, gozar toda, en el bienestar y con la bendición de Dios, los frutos de su honesto e inteligente obrar y de su cívico vivir.

"No puedo, Excelentísimo señor Presidente, concluír estas palabras sin expresaros mi más profunda gratitud por haber querido honrar con la altísima distinción, en mi humilde persona, la púrpura del servidor de la Iglesia y la misión que aquí me fue confiada. La Gran Cruz de Boyacá es un nuevo precioso y suave vínculo que desde ahora me une a Colombia. Gracias".

PALABRAS DEL PRESIDENTE AL LLEGAR EL SUMO PONTIFICE

Beatísimo Padre:

Dispensa Vuestra Santidad a toda la América Latina un honor altísimo cuando hasta ella viene para participar en el XXXIX Congreso Eucarístico. Estas tierras, crisol de tantas razas, se incorporaron a la civilización moderna bajo el signo de la Cruz, y sus gentes fueron y siguen siendo, casi unánimemente, católicas. Esa fe, que nos es común, constituye entre nuestros países un poderoso factor de unidad, en contraste con el pluralismo creado por la diversidad geográfica y por las condiciones tan variadas bajo las cuales han evolucionado sus pueblos. Es un vínculo que nada podría reemplazar, que nos da un sentimiento de fraternidad cálido y profundo. Por eso creo que al presentaros mi filial homenaje, en los momentos en que pisáis el suelo de Colombia, distinguida con este singular privilegio, puedo hablar no solo como colombiano, y para deciros que el Continente todo, desde el Río Grande hasta los extremos límites australes, comulga hoy en la misma emoción y que un sentimiento de veneración y gratitud llega hasta Vuestra Santidad desde todas las ciudades, valles, montañas, selvas y llanuras de América.

Colombia, Beatísimo Padre, es un país que avanza, en medio de grandes dificultades pero resueltamente, por el camino del progreso, buscando para todos sus hijos aquellas condiciones propias de la esencial dignidad humana que la augusta palabra de Vuestra Santidad ha reclamado a nombre de la

Iglesia. Hemos vivido duras horas de lucha enceguecidos por las pasiones, horas que, afortunadamente, han pasado ya. Un clima de paz política reina entre quienes se combatieron con rudeza, y dentro de él tratamos de forjar las estructuras de una sociedad igualitaria, confiados en que el espíritu evangélico, más eficaz que el temor y más constructivo que los sentimientos de rebeldía, facilite esa tarea de justicia; domine los egoismos; aplaque las iras; nos conduzca, en fin, hacia nuevos planos de moralidad y bienestar. Tal empeño ha recibido de las Constituciones del Concilio Vaticano y de las encíclicas papales un apoyo inmenso. La presencia de Vuestra Santidad, el ambiente del Congreso Eucarístico, van sin duda alguna, a generalizar mayormente y a hacer más hondo y sincero ese espíritu evangélico, sin el cual todas las reformas en las instituciones y todas las realizaciones materiales acabarían por ser deformadas o puestas al servicio de estrechos egoísmos.

Vuestra venida, Beatísimo Padre, nos emociona y a la par nos llena de esperanza. Sois el símbolo de nuestra vieja fe; pero también han recordado vuestros actos y palabras que la Iglesia ha recomenzado, con más vigor que nunca, su tarea de caridad y justicia, y que bajo vuestra guía una revolución fundada en la fraternidad cristiana avanza con paso firme y conquista cada día más a las almas.

Hacia Vuestra Santidad volvemos los ojos; hacia el pastor máximo que nos señala el recto camino para la dignificación de la especie en su vida terrenal, la conquista de la paz en nuestros días y la felicidad perdurable.

Por mi modesta voz el pueblo y el gobierno de Colombia presentan a Vuestra Santidad un alborozado saludo de bienvenida; os agradecen el don de vuestra presencia e imploran vuestra bendición para ellos y para toda la América.

SALUDO A COLOMBIA

Discurso del Santo Padre a la llegada al aeropuerto de Eldorado (Bogotá, 22 de agosto de 1968)

"Señor presidente:

Apreciamos vivamente la cortesía que nos dispensa con su presencia y las deferentes expresiones de cordial bienvenida en las que percibimos el eco fiel de los sentimientos de la nación colombiana.

A vuestra excelencia, a los miembros del Gobierno, a las personalidades eclesiásticas, civiles y militares, a cuantos aquí se encuentran congregados, nuestra profunda gratitud por haber querido recibirnos tan amablemente al llegar en esta peregrinación religiosa que consideramos parte de nuestro ministerio universal y con la cual deseamos reiterar, en forma inequívoca, nuestra fe, la fe de toda la catolicidad, en la Eucaristía, sacrificio y sacramento, a la vez que orar ante el Príncipe de la Paz por el mundo tan necesitado de ella.

Un gozo íntimo y una trepidante conmoción invaden nuestro ánimo al ver que la Providencia nos ha reservado el privilegio de ser el primer Papa que llega a esta nobilísima tierra, a este cristiano continente, donde un día arcano —predestinado en los designios salvíficos de Dios— comenzó a añadirse la altura de la Cruz sobre las cimas andinas y, en los viejos caminos de los chibchas y de los mayas, de los incas, aztecas y tupís-guaraníes, empezó a dibujarse la silueta de Cristo.

¡Pueblos de América Latina! mecidos en idénticos mares; cuyos ríos y cordilleras entrelazan comunidades de gentes honradas, pacientes, trabajadoras e hidalgas; cuyas fisonomías peculiares tienen el rasgo común de la fe en Cristo que ha vivificado siglos de historia y suscitado innumerables iniciativas promotoras de vuestra cultura y de vuestro bienestar. ¡Pueblos de América! A todos y cada uno va, desde el suelo de la hospitalaria Colombia, nuestro saludo, nuestro afecto, nuestra plegaria. Y nuestro corazón se dilata para agradecer a Dios el don inmenso de vuestras creencias católicas y para implorar de El que el dinamismo de vuestra fe, tradicional y renovada, despierte cada vez más el sentido de fraternidad y de colaboración armoniosa en orden a una constante convivencia pacífica, e impulse y consolide los esfuerzos por un progreso ordenado que, con el desarrollo técnico y el cultivo racional de tantas riquezas como el Señor puso en vuestros suelos, alcance equitativamente a todas las familias y categorías, en conformidad con los principios de justicia y de caridad cristianas.

¡Hijos amadísimos de Colombia y de América toda! En la dulce espera de poner sobre el altar del Congreso las intenciones, necesidades y ansias de cada uno, nuestras manos se alzan para bendeciros con el anhelo ardiente de que los rasgos de nuestra cruz alcancen, como testimonio de afecto y prenda de dones divinos, al mundo entero".

EN LA CATEDRAL

Palabras del Santo Padre en la Catedral de Bogotá (Bogotá, 22 de agosto de 1968)

"Qué gozo sereno invade nuestro ánimo al sentirnos, en esta Catedral junto al Sagrario Eucarístico, con vosotros, queridos hijos, cardenales de la Santa Iglesia —entre quienes vemos al dignísimo cardenal legado y al benemérito cardenal de Bogotá—, con vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, amadísimos sacerdotes, vinculados todos en ese Cristo que personificamos en nuestro ministerio, en nuestra entrega a la voluntad del Padre, todos dedicados a la tremenda y dulce misión de conducir a El, por Cristo en el Espíritu, a la grande familia humana.

Gracias, amigos y colaboradores nuestros, por la alegría espiritual que nuestra presencia os procura. No os detengáis en nuestra humilde persona. Elévense vuestras mentes a Aquel a quien representamos y servimos, al Señor Jesús, a quien va todo honor y gloria particularmente en estos días de su suave y pacífico triunfo.

Gracias por la felicidad que nos dais. Que cada uno de vosotros se sepa correspondido, recordado y apreciado con un puesto de predilección en nuestro corazón.

Conocemos vuestras horas de fatigas y de entusiasmos apostólicos, vuestras jornadas dedicadas, fiel y generosamente, a vuestra santificación oblacional, a la parroquia, a la juventud, a los enfermos, a los pobres, a los niños, al mundo del trabajo, sectores en los que tanta y tanta preciosa actividad desarrollan también las congregaciones religiosas y las organizaciones de apostolado seglar. Por todo ello os felicitamos edificado, en la confianza de que nuestro reconocimiento sea estímulo para ulteriores esfuerzos a fin de que Cristo siga llegando a tantos que todavía caminan a tientas porque aún esperan más luz y más fueza que, con vitalidad siempre nueva, brotan del mensaje de que sois portadores.

Vivamos intensamente estos días de plegaria comunitaria, en conformidad con el espíritu de nuestra peregrinación. Oremos:

Por la Iglesia universal, para que cada día más nítidamente refleje su misión de redención y de amor;

Oremos:

Para que cuantos participamos del sacerdocio, vivamos continuamente nuestra consagración sobrenatural y divina, con la conciencia de ser Cristo comunicado y difundido, respetando sus dimensiones de santidad y de servicio abnegado;

Oremos:

Por el aumento y perseverancia de las vocaciones;
Por la armonía y santificación de las familias;
Por cuantos sufren;
Por la concordia y la paz del mundo en la justicia y en el amor.

Bogotá es un Cenáculo de transustanciación sacramental, es la continuidad de aquel primero, donde tiene que seguir oyéndose, puesta en nuestros labios, la plegaria de Jesús al Padre por la Iglesia, por los hombres, y requiere que todos nosotros, en la espera de una nueva efusión de Pentecostés, perseveremos unánimemente en oración con María su madre.

A esta actitud os invita y alienta la bendición apostólica que, de todo corazón, os impartimos.

A LOS SACERDOTES

Alocución del Santo Padre a los nuevos sacerdotes y diáconos. Templete Eucarístico (Bogotá, 22 de agosto de 1968)

"¡Señor Jesús! Te damos gracias por el misterio que acabas de realizar Tú, mediante el ministerio de nuestras manos y de nuestras palabras, por obra del Espíritu Santo.

Tú, te has dignado imprimir en el ser personal de estos elegidos tuyos una huella nueva, interior e imborrable; una huella, que les asemeja a Tí, por lo cual cada uno de ellos es y será llamado: otro Cristo. Tú has grabado en ellos tu semblante humano y divino, confiriéndoles no solo una inefable semejanza contigo, sino también una potestad y una virtud tuyas, una capacidad de realizar acciones, que solo la eficacia divina de tu palabra atestigua y la de tu voluntad realiza.

Tuyos son, Señor, estos tus hijos, convertidos en hermanos y ministros tuyos, por un nuevo título. Mediante su servicio sacerdotal, tu presencia y tu sacrificio sacramental, tu Evangelio, tu Espíritu, en una palabra, la obra de tu salvación, se comunicará a los hombres, dispuestos a recibirla; se difundirá en el tiempo de la generación presente y de la futura una incalculable irradiación de tu caridad e inundará de tu mensaje regenerador esta dichosa nación y este inmenso continente, que se llama América Latina, y que acoge hoy los pasos de nuestro humilde, pero incontenible, ministerio apostólico.

Tuyos son, Señor, estos nuevos servidores de tu designio de amor sobrenatural; y también nuestros, porque han sido asociados a Nos, en la gran obra de evangelización, como los más cualificados colaboradores de nuestro ministerio, como hijos predilectos nuestros; más aún, como hermanos en nuestra dignidad y en nuestra función, como obreros esforzados y solidarios en la edificación de tu Iglesia, como servidores y guías, como consoladores y amigos del Pueblo de Dios, como dispensadores, semejantes a Nos, de tus misterios.

Te damos gracias, Señor, por este acontecimiento, que tiene origen en tu infinito amor y que, más que hacernos dignos, nos obliga a celebrar tu misericordia misteriosa y nos incita solícitamente, casi con impaciencia, para salir al encuentro de las almas a las cuales está destinada toda nuestra vida, sin posibilidad de rescate, sin límites de donación, sin segundas intenciones de intereses terrenos.

¡Señor! En este momento decisivo y solemne, nos atrevemos a expresarte una súplica candorosa, pero no falta de sentido: haz, Señor, que comprendamos.

Nosotros comprendemos, cuando recordamos que Tú, Señor Jesús, eres el mediador entre Dios y los hombres; no eres diafragma, sino cauce; no eres obstáculo, sino camino; no eres un sabio entre tantos, sino el único Maestro no eres un profeta cualquiera, sino el intérprete único y necesario del misterio religioso, el solo que une a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Nadie puede reconocer al Padre, has dicho Tú, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo, que eres Tú, Cristo, Hijo del Dios vivo, quisiere revelarlo (1). Tú eres el revelador auténtico, Tú eres el puente entre el reino de la tierra y el reino del cielo: sin Tí, nada podemos hacer (2). Tú eres necesario, Tú eres suficiente para nuestra salvación. Haz, Señor, que comprendamos estas verdades fundamentales.

Y haz que comprendamos, cómo nosotros, sí, nosotros, pobre arcilla humana tomada en tus manos milagrosas, nos hemos transformado en ministros de esta tu única mediación eficaz (3). Corresponderá a nosotros, en cuanto representantes tuyos y administradores de tus divinos misterios (4) difundir los tesoros de tu palabra, de tu gracia, de tus ejemplos entre los hombres, a los cuales desde hoy está dedicada totalmente y para siempre toda nuestra vida (5).

Esta misma mediación ministerial nos sitúa, hombres frágiles y humildes

como seguimos siendo, en una posición, sí, de dignidad y de honor (6), de potestad (7), de ejemplaridad (8), que califica moral y socialmente nuestra vida y tiende a asimilar el sentimiento de nuestra conciencia personal al mismo que embargó tu divino corazón, oh Cristo (9); también, casi conviviendo contigo, en Tí (10), en sacerdotes y víctimas al mismo tiempo (11), dispuestos a cumplir con todo nuestro ser, como Tú, Señor, la voluntad del Padre (12), obedientes hasta la muerte, como lo fuiste Tú hasta la muerte de cruz (13) para salvación del mundo (14).

Pero ahora, Señor, lo que quisiéramos entender mejor, es el efecto sicológico que el carácter representativo de nuestra misión debe producir en nosotros y la doble polarización de nuestra mentalidad, de nuestra espiritualidad y también de nuestra actividad hacia los dos términos que encuentran en nosotros el punto de contacto y de simultaneidad: Dios y el hombre, en una analogía viviente y magnífica contigo, Dios y hombre.

Dios tiene en nosotros su instrumento vivo, su ministro y por tanto su intérprete, el eco de su voz; su tabernáculo, el signo histórico y social de su presencia en la humanidad, el hogar ardiente de irradiación de su amor hacia los hombres. Este hecho prodigioso (haz, Señor, que nunca lo olvidemos) lleva consigo un deber, el primero y el más dulce de nuestra vida sacerdotal: el de la intimidad con Cristo, en el Espíritu Santo y por lo mismo contigo, ¡Oh Padre! (15); es decir, el de una vida interior auténtica y personal no solo celosamente cuidada en el pleno estado de gracia sino también voluntariamente manifestada en un continuo acto reflejo de conciencia, de coloquio, de suspensión amorosa, contemplativa (16). La reiterada palabra de Jesús en la última Cena: "manete in dilectione mea" (17) se dirige a nosotros, amadísimos hijos y hermanos. En este anhelo de unión con Cristo y con la revelación, abierta por El en el mundo divino y humano está la primera actitud característica del ministro, hecho representante de Cristo e invitado, mediante el carisma del orden sagrado, a personificarlo existencialmente en sí mismo. Esto es algo importantísimo para nosotros, es indispensable. Y no creáis que esta absorción de nuestra consciente espiritualidad en el coloquio íntimo con Cristo, detenga o frene el dinamismo de nuestro ministerio, es decir, retrase la expansión de nuestro apostolado externo, o quizá también para evadir la molesta y pesada fatiga de nuestra entrega al servicio de los demás, la misión que se nos ha confiado; no, ella es el estímulo de la acción ministerial, la fuente de energía apostólica y hace eficiente la misteriosa relación entre el amor a Cristo y la entrega pastoral (18). Más aún, es así como nuestra espiritualidad sacerdotal de representantes de Dios ante el pueblo, se orienta hacia su otro polo, de representantes del pueblo ante Dios. Y esto, fijaos bien, no solo para prodigar a los hombres, amados por amor a Cristo, toda la actividad, todo nuestro corazón, sino también y en una fase anterior sicológica, para asumir nosotros su representación: en nosotros mismos, en nuestro afecto, en nuestra responsabilidad, recogemos al pueblo de Dios. Somos no solo ministros de Dios, sino también ministros de la Iglesia (19); más aún, deberemos tener siempre presente que el sacerdote cuando celebra la santa misa, hace "populi vices" (20); y así, por lo que se refiere a la validez sacramental del sacrificio, el sacerdote actúa "in persona Christi"; mientras que en cuanto a la aplicación actúa como ministro de la Iglesia (21).

Pidamos, pues, al Señor, que nos infunda el sentido del pueblo que representamos y que llevamos en nuestra misión sacerdotal y en nuestro corazón de consagrados a su salvación; del pueblo que reunimos en comunidad eclesial, que convocamos en torno al altar, de cuyas necesidades, plegarias, sufrimientos, esperanzas, debilidades y virtudes somos intérpretes. Nosotros constituímos, en el ejercicio de nuestro ministerio cultual, el pueblo de Dios.

Nosotros hacemos coincidir en nuestro carácter representativo y ministerial las diversas categorías que componen la comunidad cristiana: los niños, los jóvenes, la familia, los trabajadores, los pobres, los enfermos y también los lejanos y los adversarios. Nosotros somos el amor que une a las gentes de este mundo. Somos su corazón. Somos sú voz, que adora y ruega, que goza y llora. Nosotros somos su expiación (22). Somos los mensajeros de su esperanza.

Haz, Señor, que comprendamos. Tenemos que aprender a amar así a los hombres. Y también a servirlos así. No nos costará estar a su servicio, al contrario, esto será nuestro honor y nuestra aspiración. No nos sentiremos nunca apartados socialmente de ellos, por el hecho de que seamos y debamos ser distintos en virtud de nuestro oficio. No rehusaremos jamás ser para ellos hermanos, amigos, consoladores, educadores y servidores. Seremos ricos con su pobreza y pobres en medio de sus riquezas. Seremos capaces de comprender sus angustias y de tranformarlas no en cólera y en violencia, sino en la energía fuerte y pacífica de obras constructivas. Sabremos estimar que nuestro servicio sea silencioso (23), desinteresado (24) y sincero en la constancia, en el amor y en el sacrificio; confiados en que tu poder, Señor, lo hará un día eficaz (25). Tendremos siempre delante y dentro del espíritu, a la Iglesia, una, santa, católica, en peregrinación hacia la meta eterna; y llevaremos grabada en la memoria y en el corazón nuestro lema apostólico: **"Pro Christo ergo legatione fungimur"** (26).

Mira, Señor; estos nuevos sacerdotes, estos nuevos diáconos harán propia la divisa, la consigna de ser embajadores tuyos, tus heraldos, tus ministros en esta tierra bendita de Colombia, en este cristiano continente de América Latina.

Tú, Señor, los llamaste, Tú los has revestido ahora de la gracia, de los carismas, de los poderes de la ordenación, sacerdotal en unos y diaconal en otros. Haz que todos sean siempre ministros fieles tuyos.

Nos te suplicamos, Señor, que, mediante su ministerio y su ejemplo, se conserve la fe católica en estos países; se encienda con nueva luz y resplandezca en la caridad operante y generosa. Te pedimos que su testimonio haga eco al de sus obispos y robustezca el de sus hermanos, a fin de que todos sepan alimentar la verdadera vida cristiana en el pueblo de Dios; que tengan la

---

(1) Cfr. Mt. 11, 27; Jo. 1, 18. — (2) Cfr. Jo. 15, 5. — (3) Cfr. S. Th. III, 26, 1, ad 1. — (4) Cfr. I Cor. 4, 1; I Pet. 4, 10. — (5) Cfr. 2 Cor. 4. 5. — (6) Cfr. 2 Cor. 3, 7. — (7) Cfr. I Cor. 11, 24-25; Jo. 20-23; Act. I, 22; 1 Pet. 5, 2 etc. — (8) Cfr. I Cor. 4, 16; 11, 1; Fil. 3, 17; 1 Pet. 5, 3. — (9) Cfr. Fil. 2, 5; Ef. 1. — (10) Cfr. Gal. 2, 2. — (11) Cfr. Gal. 2, 19. — (12) Cfr. Ps. 102, 21; Hb. 13, 21. — (13) Cfr. Fil 2, 8. — (14) Cfr. I Cor. 11, 26. — (15) Cfr. Jo. 16, 27. — (16) Cfr. S. Gregorio, **Regula Pastoralis I: "contemplatione suspensus"**. — (17) Jo. 15, 9; 15, 4, etc. — (18) Cfr. Jo. 21, 15 ss. — (19) Cfr. Enc. **Mediator Dei**, A. A. S., 1947, p. 539. — (20) Pio XII, Aloc. **Magnificate Dominum**, A. A. S., 1954, p. 668. — (21) Cfr. Ch. **Journet, l'Eglise du Verbe Incarné**, I, p. 110, n. 1, 1ª Ed.; Cfr. S. Th. III, 22, 1; Cfr. 2 Cor. 5, 11. — (22) Cfr. 2 Cor. 5, 21. — (23) Cfr. Mt. 6, 3. — (24) Cfr. Mt. 10, 8. — (25) Cfr. Jo. 4, 37. — (26). 2 Cor. 5, 20.

lucidez y la valentía del espíritu para promover la justicia social, para amar y defender a los pobres, para servir con la fuerza del amor evangélico y con la sabiduría de la Iglesia, madre y maestra, a las necesidades de la sociedad moderna; y, finalmente, Te suplicamos que, recordando este Congreso, ellos busquen y gusten en el misterio eucarístico la plenitud de su vida espiritual y la fecundidad de su ministerio pastoral. ¡Te lo pedimos! ¡Escúchanos, Señor!"

AL PRESIDENTE

Discurso del Santo Padre en la visita al señor Presidente de Colombia. Palacio de San Carlos. (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

"Señor presidente:

Agradecemos profundamente el recibimiento tan cortés que nos dispensa, que está en consonancia con su cordialidad, refleja las relaciones felizmente existentes entre Colombia y la Santa Sede y pone también de relieve los sentimientos y la trayectoria religiosa de su nobilísima nación.

Tantos nombres y fechas, vinculados a la gloriosa historia patria, evocan la presencia operante de la Iglesia que tiene carta de ciudadanía en este querido país desde los albores del descubrimiento del Nuevo Mundo, —cuando España y Portugal comenzaban a dejar huellas cristianas de su histórica empresa en este continente—, desde los días de San Luis Beltrán, el evangelizador infatigable, y de San Pedro Claver, el apóstol de Cartagena. El mismo nombre de Santa Fe de Bogotá, convergencia de unificación territorial, ¿no indica que un pueblo comenzaba a surgir unificado también por la fe? El templo de la Veracruz, Panteón Nacional donde reposan las cenizas de los próceres de la independencia, ese otro de la Villa del Rosario, donde se firmó la Constitución de la Gran Colombia, ¿no son un testimonio de que la Iglesia tuvo una parte preponderante en la formación y en las gestas del espíritu nacional? ¿Cómo no recordar el influjo que ella, a través de sus parroquias, universidades, escuelas y obras de asistencia, ha ejercido y ejerce en la vida y en la elevación moral de Colombia?

La Iglesia que formó ciudadanos de probidad lineal, de sólidas virtudes personales y cívicas, continúa en actitud de servicio: ofreciendo una fe vital, unas verdades objetivas, unas normas morales que enaltecen al hombre y la sociedad; templan caracteres rectos y fuertes; tutelan los derechos intangibles y universales de la libertad y de la justicia; despiertan la conciencia para actuar sin indiferentismos en la honestidad; hacen más operante la responsabilidad de cada uno; dan a los urgentes problemas sociales claras orientaciones y vigorosos postulados para su solución equitativa; mantienen y consolidan, en el mutuo respeto de los individuos y de las familias, la convivencia dentro de las fronteras patrias y la proyectan al concierto armonioso y constructivo de los pueblos.

Deseamos y pedimos a Dios para la hermosa Colombia de límpidas tradiciones que los principios ético-religiosos sigan influyendo, con la decidida y valiente colaboración de mentes y voluntades, en el ámbito personal y social; que sigan orientando e impulsando a cuantos —como vuestra excelencia— viven y se esfuerzan con las miras puestas en una Colombia más próspera y segura, más justa en sus industrias y en sus campos, más empeñada en la ulterior promoción espiritual y material de todas sus categorías.

Con estos ardientes anhelos nos complacemos en otorgar a vuestra excelencia y a las personalidades aquí presentes la Bendición Apostólica que extendemos a todos los amadísimos colombianos".

EL SEÑOR NUNCIO INVITA A LOS CAMPESINOS AL ENCUENTRO CON EL SANTO PADRE

Estando próximo a realizarse en Bogotá el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, me dirijo a través del importante semanario "El Campesino", a la cristiana, noble y trabajadora población rural de Colombia para dar a todos y cada uno de los habitantes del campo, un saludo afectuoso y paternal.

En una misma fecha que recordarán con legítimo orgullo las futuras generaciones colombianas se conjugan dos acontecimientos trascendentales. El primero es el Congreso Eucarístico Internacional, el segundo, íntimamente unido a él, es la presencia del Santo Padre en medio de nosotros.

La gran familia católica peregrina a través de los mares, los valles y las montañas para sentar sus tiendas en la altiplanicie de la Sabana que domina señorial sobre los Andes.

Así como a la columna militar llegaban todos los caminos del imperio romano, así llegan ahora a Colombia todos los campesinos del mundo. Las razas, las lenguas, las naciones se reúnen en derredor de la mesa junto al pan de la Casa Eucarística. Está también presente el Padre Común de esta familia universal de Cristo, en la Eucaristía en su vicario y en la gran asamblea.

También vosotros estaréis presentes de una triple manera. El sol alumbró vuestras fatigas y vuestras manos honradas y laboriosas acunaron el pan recién nacido en la dorada espiga y vuestros ojos vigilaron la vid, acariciaron los racimos antes de entregarlos al martirio del lagar. Vuestro trigo y vuestras uvas pasarán de la humildad del campo a la santidad del altar. Allí estaréis vosotros presentes en los granos amasados y puestos al horno convertidos por un milagro de amor, en el cuerpo santo del Señor.

La segunda presencia es la de vuestro amor al Santo Padre, Vicario de Jesucristo en la tierra. Obispos y sacerdotes han inculcado en vuestros corazones la devoción al Sumo Pontífice, Sucesor de Pedro. Vosotros habéis cultivado esa devoción de fe y con amor hasta encontrar en ella la seguridad de vuestros pasos en el camino hacia Dios. Notoria es en el mundo la adhesión sincera del pueblo campesino de Colombia, más aún de toda América Latina, a la Cátedra de Pedro que ilumina el Espíritu Santo. Pero además vosotros estáis presentes en el corazón del Papa porque El os ama con predilección. Conoce la vida sosegada y tranquila que transcurre mansamente en el cultivo de virtudes evangélicas, pero también conoce vuestras fatigas y privaciones,

las angustias de la inseguridad y de la carencia de servicios fundamentales. Conoce el mérito, la alegría y el dolor de vuestra vida, por eso os ama.

Y estaréis presentes en la Asamblea.

Será la presencia de vuestra fe en la Iglesia, en el Papa, en la Eucaristía. Mediréis el camino desde la lejana vereda. Traeréis aroma de cafetal, de bosque, de jardín, pero sobre todo traeréis con vosotros la fuerza incontrastable de la familia cristiana, del hogar cimentada en el Evangelio, y en El abroquelado. Vuestras manos, alzadas en la plegaria común serán un símbolo majetuoso de honradez y trabajo, vuestras frentes ennoblecidas por sudores, fustigadas por soles y lluvias, proclamarán la dignidad y la nobleza que se esconde tras la humilde sencillez de vuestra vida. Al veros reunidos comprenderá mejor el mundo por qué el Papa ha llamado al continente latinoamericano "esperanza de la humanidad y de la Iglesia". (L-Oss. Rom. 22-IX 57) y enriquecerá a vuestros hermanos con un inapreciable don porque "el campo tiene algo que dar que no está meramente limitado a los bienes materiales (A. A. S. Vol. 49-P. 830).

A LOS CAMPESINOS

Discurso del Santo Padre a los campesinos. Campo San José (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

¡Salve, campesinos colombianos!

¡Salve, trabajadores de la tierra en América Latina! ¡Paz y bendición a todos, en el nombre de Jesúcristo, nuestro Señor y Salvador!

Os confiamos que este encuentro con vosotros es uno de los momentos más deseados y más hermosos de nuestro viaje; uno de los más íntimos y significativos de nuestro ministerio apostólico y pontificio.

Hemos venido a Bogotá para rendir honor a Jesús en su misterio eucarístico y sentimos pleno gozo por haber tenido la oportunidad de hacerlo, llegando también ahora hasta aquí para celebrar la presencia del Señor entre nosotros, en medio de la Iglesia y del mundo, en vuestras personas. Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros, sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino. Os recordamos lo que dijo un grande y sabio obispo, Bossuet, sobre la "eminente dignidad de los pobres" (1). Y toda la tradición de la Iglesia reconoce en los pobres el Sacramento de Cristo, no ciertamente idéntico a la realidad de la Eucaristía, pero sí en perfecta correspondencia analógica y mística con ella. Por lo demás Jesús mismo nos lo ha dicho en una página solemne del Evangelio, donde proclama que cada hombre doliente, hambriento, enfermo, desafortunado, necesitado de compasión, y de ayuda es El, como si El mismo fuese ese infeliz, según la misteriosa y potente sociología (2), según el humanismo de Cristo.

Amadísimos hijos, vosotros sois Cristo para Nos. Y Nos, que tenemos la

formidable suerte de ser su Vicario en el magisterio de la verdad revelada por El, y en el ministerio pastoral de toda la Iglesia Católica, queremos descubrir a Cristo como redivivo y padeciendo en vosotros. No hemos venido para recibir vuestras filiales aclamaciones, siempre gratas y conmovedoras, sino para honrar al Señor en vuestras personas, para inclinarnos por tanto ante ellas y para deciros que aquel amor, exigido tres veces por Cristo resucitado a Pedro (3), de quien somos el humilde y último sucesor, lo rendimos a El en vosotros, en vosotros mismos. Os amamos, como Pastor. Es decir, compartiendo vuestra indigencia y con la responsabilidad de ser vuestro guía y de buscar vuestro bien y vuestra salvación. Os amamos con un afecto de predilección y con Nos, recordadlo bien y tenedlo siempre presente, os ama la Santa Iglesia Católica. Porque conocemos las condiciones de vuestra existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, a veces inferiores a la exigencia normal de la vida humana. Nos estáis ahora escuchando en silencio; pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento y del de la mayor parte de la humanidad (4). No podemos desinteresarnos de vosotros; queremos ser solidarios con vuestra buena causa, que es la del pueblo humilde, la de la gente pobre. Sabemos que el desarrollo económico y social ha sido desigual en el gran continente de América Latina; y que mientras ha favorecido a quienes lo promovieron en un principio, ha descuidado la masa de las poblaciones nativas, casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente. Sabemos que hoy os percatáis de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y culturales, y estáis impacientes por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que, por ser tan numerosos, merecéis y del puesto que os compete en la sociedad. Bien creemos que tenéis algún conocimiento de cómo la Iglesia Católica ha defendido vuestra suerte; la han vindicado los Papas, nuestros predecesores, con sus célebres encíclicas sociales (5); la ha defendido el Concilio Ecuménico (6), Nos mismo hemos patrocinado vuestra causa en la encíclica "Sobre el Progreso de los Pueblos".

Pero hoy el problema se ha agravado porque habéis tomado conciencia de vuestras necesidades y de vuestros sufrimientos y, como otros muchos en el mundo, no podéis tolerar que estas condiciones deben perdurar siempre sin ponerles solícito remedio.

Nos preguntamos: ¿Qué podemos hacer por vosotros, después de haber hablado en vuestro favor? No tenemos, lo sabéis bien, competencia directa en estas cuestiones temporales, y ni siquiera medios ni autoridad para intervenir prácticamente en este campo.

Pero os queremos decir:

1) Nos seguiremos defendiendo vuestra causa. Podemos afirmar y confirmar los principios, de los cuales dependen las soluciones prácticas. Continuaremos proclamando vuestra dignidad humana y cristiana. Vuestra existencia tiene un valor de primera importancia. Vuestra persona es sagrada. Vuestra pertenencia a la familia humana debe ser reconocida, sin discriminaciones, en un plano de hermandad. Esta, aun admitiendo un orden jerárquico y orgánico en el conjunto social, debe ser reconocida efectivamente, ya sea en el campo económico, con particular atención a la justa retribución, a la habitación conveniente, a la instrucción de base y a la asistencia sanitaria, ya sea

en el campo de los derechos civiles y de la participación gradual en los beneficios y en las responsabilidades del orden social.

2) Seguiremos denunciando las injustas desigualdades económicas, entre ricos y pobres; los abusos autoritarios y administrativos en perjuicio vuestro y de la colectividad. Continuaremos alentando las iniciativas y los programas de las autoridades responsables, de las entidades internacionales, y de los países prósperos, en favor de las poblaciones en vía de desarrollo. A este respecto nos alegra saber que, en feliz coincidencia con el gran Congreso Eucarístico, se están estudiando y promoviendo planes nuevos y orgánicos para las clases trabajadoras, especialmente para las rurales, para vosotros, ¡campesinos!

Y, con esta oportunidad exhortamos a todos los gobiernos de América Latina y de los otros continentes, como también a todas las clases dirigentes y acomodadas, a seguir afrontando con perspectivas amplias y valientes, las reformas necesarias que garanticen un orden social más justo y más eficiente, con ventajas progresivas de las clases hoy menos favorecidas y con una más equitativa aportación de impuestos por parte de las clases más pudientes; en particular de aquellas que poseyendo latifundios no están en grado de hacerlos más fecundos y productivos, o pudiéndolo, gozan de los frutos para provecho suyo; lo mismo decimos de aquellas categorías de personas que, con poca o ninguna fatiga, realizan utilidades excesivas o perciben conspicuas retribuciones.

3) Igualmente seguiremos patrocinando la causa de los países necesitados de ayuda fraterna para que otros pueblos, dotados de mayores y no siempre bien empleadas riquezas, quieran ser generosos en dar aportaciones; no lesionen la dignidad ni la libertad de los pueblos beneficiados, y abran al comercio vías más fáciles en favor de las naciones, todavía sin suficiencia económica. Por nuestra parte alentaremos, con los medios a nuestro alcance, este esfuerzo por dar a la riqueza su finalidad primaria de servicio al hombre, no solo en un plano privado y local, sino también más amplio, internacional, frenando así el goce fácil y egoísta de la misma o su empleo en gastos superfluos o en exagerados y peligrosos armamentos.

4) Nos mismo trataremos, en el límite de nuestras posibilidades económicas, de dar ejemplo, de reavivar siempre en la Iglesia sus mejores tradiciones de desinterés, de generosidad, de servicio, apelándonos cada vez más a aquel espíritu de pobreza, que nos predicó el divino Maestro y que nos ha recordado el Concilio Ecuménico de manera autorizada (7).

5) Consentidnos, amadísimos hijos, que os anunciemos también a vosotros la bienaventuranza que os es propia, la bienaventuranza de la pobreza evangélica. Dejar que Nos, aunque siempre nos esforcemos en todas las maneras para aliviar vuestras penas y para procurarnos un pan más abundante y más fácil, os recordemos que "no solo de pan vive el hombre" (8) y que de otro pan, el del alma, es decir, el de la religión, el de la fe, el de la palabra y de la gracia divinas, tenemos todos necesidad; y dejad que os digamos aún más: vuestras condiciones de gente humilde son más propicias para alcanzar el reino de los cielos, esto es, los bienes supremos y eternos de la vida, si son llevadas con paciencia y con la esperanza de Cristo.

Permitid, finalmente, que os exhortemos a no poner vuestra confianza en la violencia ni en la revolución; tal actitud es contraria al espíritu cristiano y puede también retardar y no favorecer la elevación social a la cual aspiráis legítimamente. Procurad más bien secundar las iniciativas en favor de vuestra instrucción, por ejemplo la de Acción Cultural Popular; procurad estar unidos y organizados bajo el signo cristiano, y capacitados para modernizar los métodos de vuestro trabajo rural; amad vuestros campos y estimad la función humana, económica, civil de trabajadores de la tierra, que vosotros ejercitáis.

¡Recibid nuestra Bendición Apostólica! Es para vosotros, campesinos de Colombia, de América Latina; para todos vosotros, trabajadores del campo en el mundo entero. Descienda ella sobre vuestras personas, sobre vuestras familias, sobre los niños, los jóvenes, los ancianos, los enfermos; descienda sobre vuestras casas, sobre vuestros cultivos. Descienda sobre cuantos os aman y os asisten. Descienda llena de consuelos y de gracias, por virtud de aquel Jesús, a quien representamos aquí en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

---

(1) Cfr. Bossuet. De l'éminente dignité des Pauvres. — (2) Cfr. Mt. 25, 35 ss. — (3) Cfr. Jo. 21, 15 ss. — (4) Cfr. Concilio Vaticano II. Const. "Gaudium et Spes" n. 88. — (5) Cfr. Enciclica "Mater et Magistra", A. A. S., 1961, pág. 422 ss. — (6) Cfr. "Gaudium et Spes", nn. 9, 66, 71, etc. — (7) Cfr. Concilio Vaticano II. Const. "Lumen Gentium", n. 8: "Gaudium et Spes", n. 88. — (8) Mt. 4, 4.

DISCURSO DEL MINISTRO DE GOBIERNO EN EL ENCUENTRO CAMPESINO

"Espléndida labor la de quienes llevan la educación y en general las manifestaciones de la vida superior del espíritu a las inmensas masas de nuestros trabajadores del campo, cuya toma de conciencia señalará sin duda en el mañana inmediato el sentido de la historia de los pueblos de Latinoamérica.

Se puede afirmar, como lo declara en alguna página la "Populorum Progressio", que el crecimiento económico depende en primer lugar del progreso social.

Por eso, la educación básica es el primordial objetivo de un plan de desarrollo.

En armonía con estas sabias ideas y orientaciones, la Iglesia y el pueblo colombiano se hallan comprometidos en la tesonera labor de promover la elevación moral e intelectual de los olvidados sectores rurales, mediante el uso de los medios modernos de comunicación entre los hombres, movidos por la convicción de que la enseñanza debe estar abierta a todos los planos de cualquier nivel, y que sin desarrollo cultural, no se logra desarrollo político y social, y duradero desarrollo económico.

Las enseñanzas contenidas en los mensajes sociales de Vuestra Santidad, en los momentos visiblemente graves, han sacudido duramente la dormida y egoísta conciencia de muchos cristianos, y constituye el estímulo para superar los esquemas del pasado e impulsar una diánmica diferente en el progreso, en las profundas transformaciones necesarias que las gentes marginadas de este Continente reclaman cada vez con más pasión rebelde, frente a los conflictos integrantes del subdesarrollo.

Colombia y América toda, enaltecida sobre manera con la visita de Vues-

tra Santidad, sienten la seguridad de que ella servirá para afirmar una comunidad realmente solidaria, una paz alimentada por la justicia. Una sociedad nueva y humana, que invita a todos los grupos sociales a avanzar juntos y pasar a los hechos.

Esta Asamblea de generosos agricultores, leales a su tierra y a sus inquebrantables tradiciones de fe cristiana, se une a mí, Santísimo Padre, para impetrar para sí y para sus familias y para esta maravillosa obra docente, la benévola bendición apostólica de Vuestra Santidad.

A LOS PERIODISTAS

Discurso de Su Santidad Pablo VI a los representantes de la prensa, radio y televisión. Campo San José. (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

"Señores de la Prensa, Radio y Televisión:

En estos días estáis aproximando Bogotá a las más apartadas regiones del mundo y facilitáis el que muchos sigan de cerca las vivencias eucarístico-eclesiales que aquí se verifican. ¿Cómo no agradeceros este fiel y precioso servicio?

Bien sabéis el respeto y la estima que vuestra vocación profesional nos merece. Tenéis la delicada responsabilidad de contribuír al bien común con vuestra información que ha de ser siempre verdadera y, salvadas la justicia y la caridad, íntegra: respetando las leyes morales y los legítimos derechos y dignidad del hombre, tanto en la obtención de la noticia como en su difusión. (Cfr. Decreto "Inter Mirifica" n. 5).

Es cierto que muchas veces os veis obligados a referir sucesos dolorosos, que entristecen o apasionan a la opinión pública. Pero también es cierto que frecuentemente lo bueno, lo bello, los valores profundos, pasan inobservados Anotadlos vosotros y describidlos con palabras que dejen la impresión real de que, por fortuna, no faltan ejemplos que inspiran serenidad, confianza y estímulo a su imitación. La paz, las virtudes, los heroísmos callados, también tienen su historia: sed vosotros sus cronistas exactos y alentadores.

Y, como hicimos en Bombay, también aquí os confiamos un mensaje: que las naciones cesen en su carrera hacia los armamentos; que dediquen al menos una parte de tan ingentes gastos a un fondo internacional para aliviar los graves problemas que angustian a tantos pueblos reducidos a un lastimoso nivel de vida. Lanzad de nuevo a la opinión pública este llamamiento.

Y decid también que en nuestro pensamiento angustiado están, sobre todo en estos días, los pueblos de Checoslovaquia, no menos que esas partes de Asia y de Africa afligidas por la guerra, cuyos sufrimientos y preocupaciones llevamos tan dentro de nuestro corazón, en nuestros votos y plegarias. A las personas responsables de la suerte de esas queridas poblaciones, nos dirigimos pidiéndoles insistentemente que se empeñen con toda la buena voluntad y dediquen todos sus esfuerzos a la solución de los dramáticos problemas pendientes, en el respeto de los derechos de la persona humana y de las naciones.

Difundid, pues, vosotros, estos mensajes de justicia y de paz. Los hombres os lo agradecerán y Dios os colmará de sus dones. En prenda de ellos, otorgamos a vosotros, seres queridos, una cordial Bendición Apostólica".

DIA DEL DESARROLLO

Alocución del Santo Padre en la Santa Misa de la Jornada del Desarrollo. Templete Eucarístico. (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

"Hermanos, hijos, amigos todos carísimos en Cristo:

Queremos dirigiros unas sencillas palabras. Ellas suponen que todos nosotros aquí presentes y cuantos desde lejos escuchan nuestra voz, estamos firmemente persuadidos de la verdad del título que se ha dado al misterio eucarístico para definir este Congreso: vínculo de caridad. Se ha tratado así de penetrar en las intenciones del Señor, el cual al instituír este sacramento quiso unir su vida divina a la nuestra tan íntimamente, tan amorosamente, hasta convertirse en alimento nuestro y de este modo hacernos partícipes personalmente de su sacrificio redentor, representado y perpetuado en el sacramento eucarístico. Pero no quiso con ello acabar en el ámbito de cada uno de los comensales de su mesa sacramental, la onda de su caridad sino injertar y llevar a cada uno de nosotros en el designio de salvación, abierto a toda la humanidad y realizado en aquellos que se dejan absorber por la unidad efectiva de su cuerpo místico que es la Iglesia (1). La finalidad, la gracia, la virtud de la Eucaristía que brota del amor de Cristo hacia nosotros, tienden a difundir este amor desde nosotros a los demás. Quien se nutre de la Eucaristía, debe por esto mismo comprender su vocación a la caridad para con el prójimo, debe dilatar el espacio de la caridad (2) desde sí mismo a los otros, debe poner en conexión el vínculo sacramental de caridad, que lo incorpora vitalmente a Cristo, con el vínculo social de caridad, mediante el cual debe unir la propia vida a la vida de los demás hombres, transformados virtualmente en hermanos suyos.

Esta es la premisa, este es el punto de acuerdo del que todos debemos estar convencidos.

Por ello, al celebrar en medio de vosotros, con vosotros y para vosotros, esta santa misa, no tenemos otra cosa que deciros que esta: en nombre de Cristo y como empujados por su caridad interior, haceos todos y cada uno promotores de su caridad. Dejaos colmar de su amor en el secreto de vuestra intimidad personal, y después, procurad que este amor rebose, se extienda idealmente en el círculo universal de la humanidad y prácticamente en la esfera de vuestras relaciones familiares y sociales. Que la chispa de amor, encendida en cada uno de los corazones, se convierta en fuego, que arda en el ámbito comunitario de nuestra vida. Haced del amor de Cristo el principio

de renovación moral y de regeneración social de esta América Latina, a donde hemos venido también para suscitar la llama de esa caridad que une al manantial supremo de nuestra salvación y transforma la convivencia humana, tan necesitada de superar sus divisiones y sus contrastes, en una familia de hermanos. El amor es el principio, la fuerza, el método, el secreto, para lograrlo. El amor es la causa por la cual vale la pena actuar y luchar. El amor debe ser el vínculo para transformar a la gente sencilla, amorfa, desordenada, sufrida y a veces maliciosa, en un pueblo nuevo, vivo y activo; en un pueblo unido, fuerte, consciente, próspero y feliz. Al decir amor, entendemos el amor a Cristo, su misteriosa caridad, divina y humana; el amor de Dios que trasciende el amor a los hombres y que, siendo distinto de este, es su luz y su manantial.

No prolongaremos nuestro discurso, sino para dirigir a las categorías más numerosas y más representativas de esta asamblea, una palabra relacionada con una objeción que puede surgir en la mente de todos: ¿Basta la caridad? ¿Es suficiente el amor para levantar el mundo y para vencer las innumerables dificultades de diversa índole que se oponen al desarrollo transformador y regenerador de la sociedad, como la historia, la etnografía, la economía. la política, la organización de la vida pública, nos la presentan hoy? ¿Estamos seguros de que frente al mito moderno de la efectividad temporal, la caridad no es pura ilusión ni una alienación? Tenemos que responder sí y no. Sí, la caridad es necesaria y suficiente como principio propulsor del gran fenómeno innovador de este mundo imperfecto en que vivimos. No, la caridad no basta si se queda en pura teoría verbal y sentimental (3) y si no va acompañada de otras virtudes, la primera, la justicia, que es la medida mínima de la caridad y de otros coeficientes, que hagan práctica, operante y completa la acción inspirada y sostenida por la misma caridad, en el campo específicamente variado de las realidades humanas y temporales.

Bien sabemos que tales realidades en América Latina —en el momento en que el Papa viene por primera vez a visitar este continente— se encuentran en una situación de crisis profunda, verdaderamente histórica, la cual encierra, tantos excesivos aspectos de preocupación angustiosa.

¿Puede el Papa ignorar este fermento? ¿No habría fallado una de las finalidades de este viaje si él volviese a Roma sin haber afrontado el punto central del problema que origina tal inquietud?

Muchos, especialmente entre los jóvenes, insisten en la necesidad de cambiar urgentemente las estructuras sociales que según ellos, no consentirían la consecución de unas efectivas condiciones de justicia para los individuos y las comunidades; y algunos concluyen que el problema esencial de América Latina no puede ser resuelto sino con la violencia.

Con la misma lealtad con la cual reconocemos que tales teorías y prácticas encuentran frecuentemente su última motivación en nobles impulsos de justicia y de solidaridad debemos decir y reafirmar que la violencia no es evangélica ni cristiana; y que los cambios bruscos o violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conformes ciertamente a la dignidad del pueblo la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y esa efectiva participación de todos que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces infrahumanas, impiden hoy que sea asegurada.

Por tanto, a nuestro modo de ver, la llave para resolver el problema fundamental de América Latina, la ofrece un doble esfuerzo, simultáneo, armónico y recíprocamente benéfico: proceder, sí, a una reforma de las estructuras sociales, pero que sea gradual y por todos asimilable y que se realice contemporánea y unánimemente, y diríamos, como una exigencia de la labor vasta y paciente encaminada a favorecer la elevación de la "manera de ser hombres" de la gran mayoría de quienes hoy viven en América Latina. Ayudar a cada uno a tener plena conciencia de su propia dignidad, a desarrollar su propia personalidad dentro de la comunidad de la que es miembro, a ser sujeto consciente de sus derechos y de sus obligaciones, a ser libremente un elemento válido de progreso económico, cívico y moral en la sociedad a la que pertenece: esta es la grande y primordial empresa, sin cuyo cumplimiento cualquier cambio repentino de estructuras sociales sería un artificio vano, efímero y peligroso.

Esa empresa, bien lo sabéis, se traduce concretamente en toda actividad apta para favorecer la promoción integral del hombre y su inserción activa en la comunidad: alfabetización, educación de base, educación permanente, formación profesional, formación de la conciencia cívica y política, organización metódica de los servicios materiales que son esenciales para el desarrollo normal de la vida individual y colectiva en la época moderna.

¿Podemos esperar que el grave problema será examinado y justamente comprendido a la luz también del misterio de la caridad que estamos celebrando? ¿Sabréis sacar de este misterio, vosotros, queridos hijos de América Latina, la fuerza necesaria y eficaz para dar a cada uno su debida y urgente aportación a fin de resolverlo? Sí. El Papa lo espera. El Papa tiene confianza en vosotros.

Por nuestra parte, queremos recalcar aquí, ante vosotros, representantes calificados de todas las categorías sociales de América Latina, nuestro empeño: proseguir con renovado entusiasmo y con todos los medios a nuestro alcance, en el esfuerzo en orden a la realización de los intentos mencionados, intentos y propósitos que ya proclamamos al mundo con la Encíclica "Populorum Progressio".

Diremos ahora una palabra especial a vosotros, estudiantes, a vosotros, estudiosos y hombres de la cultura: es necesario que vuestra caridad se empeñe sobre todo con el pensamiento, y tenga la sed, la humildad y la valentía de la verdad. Es incumbencia vuestra especialmente liberar a vosotros mismos y a nuestro mundo intelectual de la supina adhesión a los lugares comunes, a la cultura de masa, a las ideologías que la moda o la propaganda convierten en fáciles e irresistibles; y sois vosotros los que habéis de encontrar en la verdad —la única que tiene derecho a comprometer nuestra mente—, la libertad de obrar como hombres y como cristianos (4). Y toca a vosotros, entre todos, ser apóstoles de la verdad.

Queremos deciros también a vosotros, trabajadores, cuál nos parece que deba ser el camino para desplegar vuestra caridad, alimentada por la fe y por la comunión en Cristo; el camino que conduce al encuentro con vuestros compañeros de fatiga y de esperanza; este camino es la unión, es decir, la asociación, no como simple estructura organizativa o como instrumento de sumisión colectiva, en manos del despotismo de algunos jefes inapelables, sino como

escuela de conciencia social, como profesión de solidaridad, de hermandad, de defensa de los intereses comunes y de empeño ante los comunes deberes. Vuestra caridad debe, por tanto, tener para sí misma la fuerza: la fuerza del número, del dinamismo social; no la fuerza subversiva de la revolución y de la violencia sino la constructiva de un orden nuevo más humano, en el cual se satisfagan vuestras legítimas aspiraciones y todo factor económico y social converja en la justicia del bien común. Ya sabéis cómo en vuestros esfuerzos por este orden nuevo y mejor, la Iglesia es, singularmente para vosotros, hombres del trabajo, "Madre y Maestra".

Y a vosotros, hombres de las clases dirigentes, ¿qué os podemos decir? ¿En qué dirección debe dilatarse esa caridad que también vosotros queréis sacar de la fuente eucarística? No rehuséis nuestra palabra, aunque os pareciere paradójica y hostil. Es la palabra del Señor. A vosotros se os pide la generosidad. Es decir, la capacidad de sustraeros al inmovilismo de vuestra posición, que puede ser o aparecer privilegiada, para poneros al servicio de quienes tienen necesidad de vuestra riqueza, de vuestra cultura, de vuestra autoridad. Podríamos recordaros el espíritu de la pobreza evangélica, la cual, rompiendo las ataduras de la posesión egoísta de los bienes temporales estimula al cristiano a disponer orgánicamente la economía y el poder en beneficio de la comunidad. Tened vosotros, señores del mundo e hijos de la Iglesia, el espíritu instintivo del bien que tanto necesita la sociedad. Que vuestro oído y vuestro corazón sean sensibles a las voces de quienes piden pan, interés, justicia, participación más activa en la dirección de la sociedad y en la prosecución del bien común. Percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea; haced que los menos pudientes, los subordinados, los menesterosos, vean en el ejercicio de la autoridad la solicitud, el sentido de medida, la cordura, que hacen que todos los respeten y que para todos sea beneficioso. La promoción de la justicia y la tutela de la dignidad humana sean vuestra caridad. Y no olvidéis que ciertas grandes crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación.

Y ¿cuál será vuestra caridad, familias cristianas, que hoy rodeáis nuestro altar, como representando a las innumerables familias que componen las poblaciones de América Latina? Refluya sobre vosotras mismas vuestra caridad, que percibisteis de Cristo. Debéis ser los hogares de aquel primitivo amor humano, que el Señor elevó, mediante el sacramento del matrimonio, al grado de caridad, de gracia sobrenatural. Padres, madres e hijos de familia, convertid vuestra casa en una pequeña sociedad ideal, donde el amor reine soberano y sea escuela doméstica de todas las virtudes humanas y cristianas.

Y para terminar recordaremos a todos que Cristo se ha dado a Sí mismo en la Eucaristía como memorial de su sacrificio. Por esto, nosotros no podremos hacer derivar de este sacramento el amor, del cual es signo y realidad, para ofrecerlo nosotros mismos como don a los hermanos, sin sacrificio. El amó y se sacrificó: **dilexit et tradidit semetipsum** (5). Nosotros deberemos imitarlo.

(1) Cfr. S. Tomás, III, 73, 3. — (2) Cfr. S. Agustín, Sermo 10. De Verbis Domini. — (3) Cfr. Mt. 7, 21. — (4) Cfr. Jo. 8, 32. — (5) Ef. 5, 2.

¡He ahí la Cruz! Tendremos que amar, hasta el sacrificio de nuestras personas, si queremos edificar una sociedad nueva, que merezca ponerse como ejemplo, verdaderamente humana y cristiana".

A LOS DIPLOMATICOS

Discurso del Santo Padre al Cuerpo Diplomático. Nunciatura Apostólica (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

Siempre nos es grato, durante los viajes que la Providencia nos permite realizar, encontrarnos con el distinguido auditorio que constituyen los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en los países a donde vamos.

En vuestras personas, señores, honramos a los jefes de Estado de quienes sois mandatarios y a las naciones que representáis y cuya variedad nos evoca las innumerables poblaciones del viejo y del nuevo mundo. Visión verdaderamente universal, verdaderamente "católica", en el sentido etimológico de la palabra, y que nos parece estar, en el caso presente, singularmente de acuerdo con la circunstancia que nos reúne.

¿Cuál es, en efecto, el motivo que nos ha traído a Bogotá? Bien lo sabéis: la celebración, ante todo, de un Congreso Eucarístico. Ahora bien, ¿qué es la Eucaristía para los cristianos sino una Presencia misteriosa y divina que los atrae y los junta, un fuerte lazo de amor, un manantial inagotable de unidad? Unidad que, a primera vista, parece que no afecta más que al pueblo creyente pero que en realidad irradia y difunde su fuerza de atracción más allá de la esfera religiosa y se revela provechosa para toda la sociedad.

El gran espectáculo que contemplan nuestros ojos en estos días es prueba de ello. Cuanto nosotros vemos —y vosotros sois también testigos, particularmente calificados— constituye un admirable y conmovedor espectáculo de unión entre los pueblos más diversos. Todos los continentes, así lo pensamos, están representados aquí, con todas las razas y todas las clases sociales. Las barreras caen, las divergencias desaparecen y todos se reconocen hijos de un mismo Dios, hermanos de un mismo Cristo que ha redimido el mundo entero y que continúa, bajo los velos del Misterio Eucarístico, su gran obra de unir a la humanidad en una total y perfecta fraternidad (Cfr. Jo. 11, 52).

Nos parece que una celebración de este género tiene, entre otras notas características, una referencia muy particular con vuestras personas y con vuestra misión. Porque vosotros, señores, en virtud del cargo que tenéis, sois precisamente los que trabajáis —en el plano temporal que os incumbe— por la unión entre los pueblos. Vosotros sois los especialistas de negociaciones para llegar a un entendimiento, los técnicos de las buenas relaciones y de la unión de los hombres y de los pueblos en una colaboración feliz y fecunda.

Tarea difícil, como la experiencia nos dice cada día. Tarea que es preciso proseguir sin cansarse, sin desesperar jamás del hombre y de cuanto él puede lograr con la gracia de Dios. Tarea que reviste, en nuestro mundo de hoy, dos aspectos igualmente importantes, complementarios y, en cierto sentido, interdependientes: la paz y el desarrollo.

En estos dos puntos la Iglesia católica trabaja con vosotros dentro del campo espiritual que le es propio. No os recordamos las recientes iniciativas de la Santa Sede en favor de la paz: la opinión mundial se ha hecho eco de ellas. Os diremos más bien que, fuera de tales intervenciones más visibles, la Iglesia trabaja realmente por la paz mediante todas sus enseñanzas, su pedagogía y su pastoral. Ella mira a doblegar el corazón del hombre —de donde puede salir el bien y el mal (Cfr. Mt. 15, 19)— y a orientarlo hacia el bien y consiguientemente hacia la paz: la paz del hombre con Dios, la paz consigo mismo, la paz con sus semejantes. La Iglesia ofrece a todos la regeneración en Cristo (Cfr. I Cor. 6, 11; Pet. 1.3) y por ello los hace capaces de vencer sus instintos malignos y de llegar a ser los "mansos" y los "pacíficos" proclamados bienaventurados por el Evangelio. La Iglesia piensa servir así útilmente —aunque esto no constituya su sola ni principal finalidad— a la causa de la paz. Es, en efecto, evidente que sin la conversión íntima de los espíritus, la marcha de la humanidad hacia la unión y la paz será siempre vacilante e incierta.

Respecto al desarrollo de los pueblos, que se ha llamado justamente, con una expresión que hemos hecho nuestra, "el nuevo nombre de la paz", la Encíclica "Populorum Progressio" y la institución de la Pontificia Comisión "Justitia et Pax" muestran claramente el lugar que tiene en las preocupaciones actuales de la Santa Sede. Aquí, en América Latina, esta palabra resuena como un grito de alarma, con acento suplicante y angustioso. Y en el mundo entero, los pueblos menos favorecidos sienten más intensamente que nunca, que tienen derecho a obtener su pleno desarrollo. Y como ninguno de ellos puede alcanzarlo por sí mismo, su imploración resuena con una grande y potente llamada a la solidaridad internacional y mundial.

A nosotros, señores, toca escuchar esta llamada y apresurarnos a darle una respuesta. Os diremos de buen grado: ¡ayudémonos recíprocamente! Vosotros, delegados del poder temporal, nosotros, representantes del poder espiritual, colaboraremos en este campo, en la misma empresa. La finalidad, es idéntica, los medios son diferentes. De su armonización deberán salir sin tardanza las soluciones prácticas y eficaces que el mundo espera.

Os confiamos, señores, estos votos y estas esperanzas, mientras invocamos cordialmente sobre vuestras personas, sobre vuestras familias y vuestras patrias, la abundancia de las bendiciones divinas".

A LOS CONSULES

Paroles Du Saint-Pere aux membres du corps consulaire en Colombia. (Unico discurso pronunciado en lengua diferente al español). Nunciatura Apostólica. (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

"A vous aussi, chers Messieurs, membres distingués du Corps Consulaire en Colombie, nous voulons adresser une parole de souhait et de salut.

Vous occupez des postes de responsabilité au service de vos patries respectives, et vous y déployez una activité pas toujours aussi appréciee, peut-étre, qu'elle le mériterait. Que de cas délicats —dramatiques parfois— vous

pouvez avoir á traiter dont le résultat peut étre la solution d'une situation personnelle difficile ou la paix assurée ou rendue á une famille! Cela dépendra souvent de gestes modestes et ignorés, mais quí auront été l'instrument d'un grand bien.

Vous savez combien l'Eglise Catholique est soucieuse du bien des personnes, méme dans l'ordre temporel, auquel vous donnez principalement vos soins. C'ets vous dire qu'elle apprécie et encourage vivement des activités comme celles qui vous sont confiées et qu'elle souhaite de tout coeur leur succés et leur efficacité.

Nous sommes heureux de vous en assurer, en invoquant sur vos personnes, vos familles et vos patries, l'abondance des divines bénédictions".

A LOS OBSERVADORES

Palabras del Santo Padre a los observadores en Bogotá. Nunciatura Apostólica (Bogotá, 23 de agosto de 1968)

"Queridos hermanos en Cristo, Nuestro Señor:

Con gozo os recibimos hoy. Hemos venido a Bogotá para dar testimonio público y solemne de nuestra fe en Jesucristo Dios y Hombre verdadero, el enviado del Padre, el Señor de la Iglesia, presente entre nosotros en el Misterio de la Eucaristía.

Por El, Dios ha querido "reconciliar todas las cosas consigo, así las que están en la tierra como las que hay en los cielos, haciendo las paces mediante la sangre de su cruz" (Col. 1, 20). Poniéndonos en paz con Dios, Cristo nos trae la paz entre nosotros (Cfr. Jo., 20, 20).

La fe en Cristo Jesús es la base de todo esfuerzo para llegar a la comunión perfecta entre los cristianos aún desunidos. El Señor es uno; todos nosotros debemos realizar esta unidad, visible y espiritual a la vez, de la que habla San Pablo cuando dice: "todos vosotros, uno sois en Cristo Jesús". (Gal. 3, 28).

La vuelta de todos a la Unidad no será nunca el resultado de un compromiso humano o de un tentativo que sirva exclusivamente para estrechar entre nosotros los lazos sociales. Será realizada por el Espíritu que nos inspira una fidelidad total a Cristo Jesús, a su persona y a la revelación que, en El, se nos ha dado. Será realizada por el Espíritu de Cristo, que nos envía al mundo para anunciar la buena nueva a los pobres. Por tanto, nosotros debemos proceder con humildad, con lealtad de los unos hacia los otros, pero sobre todo "caminando en la verdad por la caridad" (Ef. 4, 15) a fin de que podamos llegar juntos a un conocimiento más profundo y a una manifestación más evidente de las insondables riquezas de Cristo (Cfr. Concilio Vaticano II, Decr. "Unitatis Redintegratio" n. 11).

La Iglesia Católica ha entrado en diálogo con vuestras Iglesias y Comunidades. Roguemos al Señor que se digne bendecir estos contactos y hacerlos fecundos para la Iglesia y para el mundo que tanta necesidad tiene del mensaje cristiano de justicia y de paz. Os agradecemos de todo corazón vuestra visita y os invitamos a recitar con nosotros, cada uno, en su propia lengua, la oración que el Señor nos enseñó".